

Año XXXII.

Madrid, Jueves 20 de Junio de 1912.

Núm. 25.

## Un rayo de sol

Abramos de par en par las puertas del antro oscuro donde luchamos por pequeñeces y miserias, para dejar paso á un rayo de sol purísimo que ahuyente las sombras un instante.

O videmcs nuestros actos torpes, cobardes é interesados, leyendo este hermoso artículo que ha publicado *El País*, inspirándose en un acto grandioso.

*Acto de civismo*

Sol y Ortega

contra el Tribunal Supremo

«El acto realizado ayer por el Sr. Sol y Ortega, la acusación contra la Sala primera del Tribunal Supremo, ha despertado inmensa expectación en todas las clases sociales.

En vano la puerta cerrada ahogaba el eco del resonante informe del magnánimo orador é insigne jurisconsulto. La opinión, fija la mirada en aquella puerta, adivinaba que tras ella se desarrollaba el más grande de los dramas de nuestra vida jurídica.

Un Tribunal Supremo acusado, no es cosa que se ve todos los días. La ley que autoriza ese procedimiento estaba virgen. Nadie lo había usado para nada. Nadie osaba aplicarla en ningún caso, sin duda por la generalizada creencia de que el Tribunal Supremo es impecable.

La respetabilidad de ese tribunal es inmensa en todos los países, hasta en España, donde la justicia se administra al dictado de los Gobiernos.

Atreverse contra el Tribunal Supremo pareció siempre una enormidad. De los ochocientos ó mil letrados que actúan en Madrid, no hay, seguramente, uno solo, y no queremos ofenderles, que se atreva á hacer lo hecho por el Sr. Sol y Ortega. Esto, por sí solo, revela un carácter moldeado al estilo de tiempos que ya pasaron para no volver.

Si el Sr. Sol y Ortega no tuviese un inmenso talento, una elocuencia sin par, un dominio de la lógica que hace pensar que es el silogismo hecho carne, bastaría para acreditarlo como el más alto de los caracteres contemporáneos, esa atrevida acusación.

Debíamos borrar la palabra. No es atrevido el acto del Sr. Sol, sino todo lo contrario, meditado, frío, resuelto, fruto de un profundo estudio del asunto. Podrá haberse equivocado, pero jamás examen más minucioso que el llevado á cabo por Sol y Ortega se aplicó á ninguna labor jurídica.

Se ha dicho del Sr. Sol que es un romántico. Si, lo es, no lo negamos; es un romántico, en efecto, un romántico enamorado de la justicia. Nació para

eso, para defender al inocente, para acusar al poderoso, para poner su elocuencia al servicio de toda causa grande y honesta. Defendió á Olavijo y á Ferrer, condenados á muerte, como ahora defiende á un litigante condenado á la miseria.

No mira la altura del defendido, sino la del ofensor. Lo que le importa es que su contrincante sea un general, un ministro, un Gobierno, un Tribunal Supremo. Así procedían los clásicos defensores de la inocencia perseguida. Cicerón, contra Sila; Voltaire, defendiendo á un herege; Mirabeau, á un mozo de corbel; Romero Robledo, á un separatista. ¡Qué hermoso romanticismo el que ampara con la elocuencia al humilde, al perseguido, al proscrito contra el grande y el perseguidor!

¡Y con qué profunda modestia ha procedido este hombre singular y único! No quiso que le precedieran los clarines de la fama, ni que la Prensa batiese en torno de su generosa acción el bombo de la apoteosis. Presentó su denuncia contra una sentencia del Tribunal Supremo, encerrándose en el más discreto silencio, sin prestarse á los asaltos de la activa é implacable información periodística. Nadie puede decir que sabía nada de los fundamentos de su querrela.

Sol y Ortega es sencillo y grande como un romano, como un magistrado de aquellos que decían á los reyes lo mismo que al populacho, enfurecidos: *Non possumus*.

Busca en la paz de su conciencia el premio de su obra cumplida. Malquiera piensa en lo que alienta al vulgo de los luchadores: en el éxito. Ferrer había sido fusilado y le defendió; Marín ha sido condenado con costas y le defiende. No tiene confianza en que su palabra y su esfuerzo sean secundados por la victoria. «Me basta—dice—haber cumplido con mi deber».

Y esto es un mérito especial en un país donde casi nadie cumple más que con los mandatos y las sugestiones de sus apetitos, de sus pasiones y de sus compromisos.

Ya en la pendiente de la ancianidad, brotan flores juveniles bajo la nieve de sus cabellos, y una extraña energía de viejo roble le permite desafiar á todas las tempestades con un ardor y un entusiasmo de que apenas hay ejemplos entre los más jóvenes de nuestros contemporáneos.

Tiene conquistado el derecho al reposo y no rehuye fatiga que se le encomiende por lo que estima causa justa, que es siempre la de los perseguidos.

Cuando los hombres más enérgicos en 1909 desaparecían de la escena política aterrados por el fragor de la revolución en Barcelona, Sol y Ortega afrontaba las iras de los gobernantes, miraba impassible los acontecimientos,

y cuando era peligroso hablar, venía á Madrid á restablecer la verdad de los hechos con su declaración de testigo imparcial y sereno.

Ahora, en los momentos en que se declama contra la administración de justicia con frases de más color que solidez tal vez en ocasiones excesivas y violentas, Sol y Ortega, ni agresivo, ni retórico, se apodera de un hecho, presenta los argumentos, documenta su informe, y formula un *yo acuso* llamado á conmover profundamente todo el edificio de la justicia histórica, desde los más hondos cimientos hasta la cúpula más elevada.

Ejemplos de esta grandeza moral son los que España necesita para incorporarse y engrandecerse; no agitaciones pequeñas por causas mezquinas.

¡Bien por Sol y Ortega, que ha agigantado su figura al penetrar en esa formidable y espantable cueva de Montesinos en que nadie hasta hoy osó entrar; en ese *sancta sanctorum* virgen de toda penetración profana, llamado Magistratura Suprema. Por esto su valor ha causado tanto asombro en los que nunca vimos intentar tan heroica aventura; valor que se centuplica al considerar que Sol y Ortega sólo vive de su bufete, y tan modestamente, que todos los jefes republicanos podrían pasar por capitalistas á su lado.

Enaltezcamos su gesto de coloso, como españoles y como republicanos, aunque su pretensión haya sido denegada; gesto que indudablemente habrá admirado á los mismos que habían de dictar el fallo, no sólo por que todo lo grande se impone á los espíritus serenos, sino por haber sido Sol y Ortega el primer mensajero del Pueblo que ha ido al Tribunal Supremo, no á ser condenado ó absuelto, sino como acusador.

¡Y que teniendo hombres de tal temple, con los que la Monarquía pudiera honrar su trono, nos sea imposible á los republicanos entendernos!

Entristece é indigna pensar en esto.

JOSÉ NAKENS

## Dos víctimas más

Un republicano muerto y otro herido gravemente en Reus, no por los monárquicos, sino por otro republicano; el matador era reformista; el muerto y el herido, radicales.

El espíritu se contrista al pensar que hayamos podido llegar en nuestros apasionamientos á este punto: á que los correligionarios se maten por defender á hombres que no se atreven á ponerse



frente á frente para decirse cara á cara lo que más ó menos veladamente se dicen en los mítins, ó hacen que sus respectivos partidarios digan en la prensa.

Ese cadáver tendido en las calles de Reus, y ese herido agonizante, deberían hacer pensar á los jefes en su pender aquellas de sus predicaciones inspiradas únicamente en móviles personales, recogerse en sí mismos y hacer cuanto antes la unión que el Pueblo desea.

¿Debe culpase del triste suceso á Alvarez ni á Lerroux? No; la responsabilidad es de todos los que alientan, con su apoyo y con su aplauso, estas divisiones fraticidas; divisiones que ha venido á patentizar este hecho sangriento, y que debemos poner cada día más empeño en que desaparezcan.

¡Qué espectáculo más grande y conmovedor sería el de ver llegar á Reus todos los jefes, para pactar allí, sobre la tierra humedecida aún con la sangre de aquellas dos víctimas de nuestras discordias, la unión que impidiese la repetición de hechos semejantes! Y no sería solamente grande y conmovedor: sería decisivo para la causa republicana.

Mas precisamente por ser todo esto, hay que calificarlo de un sueño más.

## LO QUE NO PUEDE SER

No se concibe que á los treinta y tantos años de lucha ineficaz contra la monarquía, viendo caer uno á uno tantos hombres abnegados, y á otros sufrir por esos pueblos persecuciones incesantes, y á otros realizar sacrificios de reposo y de fortuna, y á otros presos y á otros fusilados, haya todavía republicanos que en nombre de éste jefe ó de aquella fracción, condenen la actitud de protesta en que se ha colocado el Pueblo republicano.

¿Es que creían que esto no iba á tener término, porque los jefes no se lo ponían?

¿Es que á los condenados de antemano por Maura á ser deportados, á ser desterrados, á ser presos, á ser fusilados acaso, después de astimados en sus honras, vidas, haciendas y familias, no les importa que cumplan sus promesas los jefes, y les complace que se dediquen á lucir su jefatura en las cabalgatas del carnaval político?

¿Es que el partido republicano es un terreno mostrenco, al alcance jurídico del primer aventurero viandante que, una vez posesionado de él, pueda destrozarlo y devastarlo?

¿Es que el *erario republicano*, el *crédito republicano*, el *haber republicano* está constituido sólo por los discursos de la jerga congresil, y no hay en él sacrificios de vidas, de carreras, de fortunas, de libertad?

¿Es que no hay destierros, prisiones, *resacas* y muertes, que es lo que

constituye el tesoro verdadero de un pueblo en lucha?

¿Es que puede condenarse á los que metieron en el fondo común todo, su libertad, su sangre y su bienestar, al ver que levantan al fin los puños á la altura de la cabeza de quienes toman este tesoro como cosa suya y como escabel suyo?

No; eso ha sido; pero eso no puede seguir siendo, porque gran parte de la masa del Pueblo es consciente ya, y el resto aprenderá á serlo con el ejemplo.

Y estos ejemplos serán la mejor garantía del futuro orden republicano, y de que no ha repetirse lo que en la monarquía hemos visto: que los ministros y caciques hundan las escuadras, arruinen la nación y vendan sus territorios, sin recibir aquel escarmiento que Carlos V hizo en el primer ministro estafador que vino de las Indias.

## Me afirmo y ratifico

Varios periódicos reproducen ahora el artículo que allá en Noviembre del año pasado dediqué á Lerroux, doliéndome de que no siguiera otra marcha política más en armonía con los antecedentes de su jefatura.

Con este motivo he vuelto á leerlo despacio, y me ha ocurrido lo que diz que le ocurrió á Jehová (¡vaya una comparación modesta!) al acabar el único trabajo suyo de que tengo noticia; la creación del mundo: que *vió que era bueno*.

Y como todo sigue de igual modo, ó peor, que cuando lo escribí, no quiero faltarme á mí mismo borrando ni una sola letra.

## Ni de Pablo, ni de Cefas

Me sonrío entre compasivo y desdeñoso, cuando se me hacen ciertos cargos ó se me suponen determinadas intenciones por los allegados á los jefes, plaga la más terrible de las que sufre el partido republicano.

¿Qué me propongo? ¿A quién favorezco? ¿Qué es lo que quiero? Lo diré en pocas palabras.

Lo único á que aspiro es á que los males del republicanismo se curen; el que sea éste ó aquel el médico, me tiene sin cuidado.

Toda mi vida he sido así. Elogié y defendí á Ruiz Zorrilla mientras creí que podía traer la República; cuando me convencí de que no, me separé de su lado, explicando el por qué.

Combatí rudamente á Castelar por sus debilidades con los monárquicos; y cuando al final de su vida, convencido de que se había equivocado, volvió la vista á su pasado glorioso, le ofrecí ayudarle en lo que pudiera: desgraciadamente era tarde ya.

Nunca fui partidario de Salmerón, en cuanto político; pero llegó un día

en que juzgué que podía traer la República y me puse á su lado tan resueltamente como todos saben; y lo *impuse* (creo que no resulta jactancioso el verbo) á la opinión republicana, separándome de él cuando ví que había defraudado las esperanzas que despertó.

Y digo todo esto, para demostrar que yo he juzgado siempre á los hombres por sus actos, sin apasionamientos, ni exclusivismos, ni odios, ni recordar lo que fueron.

Con los que no he podido nunca es con las medianías incapaces de nada grande, ni en lo bueno, ni en lo malo. Y si esto es un defecto, confieso lealmente que se ha agrandado mucho en mí de algún tiempo acá. Tantas han surgido...

## Algo muy injusto

Dice *España Libre*:

«El Radical» afirma que los que impidieron la celebración del mitin no eran radicales; si hubiera alguna duda, bastarían los telegramas dirigidos al señor Nakens para comprobarlo. Nos duele en el alma la conducta de este señor, pues de los mencionados despachos se desprende que el director de EL MOTÍN había aconsejado, y más que aconsejado, ordenado á los amigos del señor Lerroux, que trataran de impedir la celebración del mitin Reformista.

Se temía que Melquiades Alvarez hablara en Barcelona, como también se ha procurado impedir el mitin de Reus; nosotros entregamos la conducta de uno y de otros al juicio de todos los republicanos, y que éstos adivinen los secretos propósitos que guían á los señores Lerroux y Nakens para prohibir que en Cataluña pueda hablarse en republicano.

¡Pero queridos compañeros de *España Libre*! ¿Es posible que jóvenes de talento como ustedes, puedan sospechar siquiera eso que dicen?

¡Yo intervenir para nada en la política de ninguna fracción!

¡Yo trabajando porque prevalezca Lerroux sobre Alvarez, ni Alvarez sobre Lerroux!

¡Ordenar yo á los amigos de Lerroux, á quienes no conozco ni de vista, que impidan el mitin reformista! ¿Para qué, ni con qué objeto?

Si yo he pretendido y pretendo aún que todos los jefes se unan, ¿no es precisamente para evitar que demos esos espectáculos? ¿Y no me contradeciría promoviendo los?

¿Y lo otro? ¿Lo de dejar al cuidado de los republicanos el que adivinen los *secretos propósitos* de Lerroux y yo, al prohibir que en Cataluña pueda hablarse en republicano? ¡Cómo si fuera posible que nadie pudiera conseguir eso en Cataluña! ¿Y escribir eso de mí, que no he sabido hablar toda mi vida más que en republicano?

Prefiero creer que alguien ajeno á la redacción ha introducido furtivamente ese suelto en el ajuste, á suponer que



lo ha escrito ninguno de sus redactores. Tienen demasiado talento para no incurrir en esa inocentada, que es además una injusticia.

## EQUIVOCACION LAMENTABLE

¿Quién vió nunca al Sr. Álvarez, como no fuese en aquellos tiempos del bloque con los monárquicos, dedicarse á la propaganda con el fervor que ahora, sin car reposo á su cuerpo ni vagar á su lengua, y abandonando con tal desinterés los asuntos de su bufete?

¿Es que hasta hoy no ha estado el Pueblo necesitado de consejo, ni los males de la patria han requerido ese constante sacrificio de su parte?

¿Es que hasta ahora no ha padecido persecuciones de los gobiernos, ni acometidas del hambre, ni sentido sed de justicia?

¡Ay! ¡Qué torpeza tan grande la del señor Álvarez! Si con su elocuencia incomparable se dedica tiempo há á esa propaganda vertiginosa sin poner los ojos en una jefatura, el Pueblo se la habría ctorgado tan fuerte, que nadie hubiese osado discutirse la y menos disputársela.

Más va en busca de ella, y el Pueblo le dice, en forma más ó menos correcta: «Las jefaturas se ganan; no se mendigan. Haz más que ninguno, y entonces serás el primero.»

Y esto es lo que no quiere entender; fía el éxito á su elocuencia, y no advierte que el Pueblo está ya cansado de oír frases sublimes sin ver nunca hechos que las avaloren, y por esto no se cuida mucho de llenar requisitos de cortesía para expresar sus anhelos de transformación.

## La carcajada y el aplauso

¡Oh, no! Yo os lo ruego por aquello que más anéis, queridos correligionarios.

No silbéis, ni lancéis denuestos, ni ahoguéis en modo alguno la voz de los eximios que en adelante se presenten en las localidades importantes (de las pequeñas no hablo, por que nunca var) á hablaros en los mitins y en los banquetes de las excelencias de la unión y de la soberanía del Pueblo, sobre todo cuando se acercan unas elecciones. ¿Quién sabe si aquél que os habla no es el elegido por la Providencia para traernos la República, puesto que son tantos los llamados?

Pero si no podéis sustráeros á la perniciosa costumbre de concurrir á los mitins, y estáis cansados de oír siempre el mismo coliloquio, medios tenéis de hacerles callar sin asustarlos con vuestros silbidos.

Soltad una carcajada sonora y estridente al aparecer en escena el protago-

nista, y yo os aseguro que desaparecerá por el foro con más precipitación que liebre seguida de galgos.

¡Una carcajada general, como la que arranca el clown! Nada más revolucionario ni demoledor. Y con la ventaja de que no podrán acusaros luego de poco corteses ni de salvajes.

Y si ese procedimiento no os parece bien, apelad á este otro.

Comenzad á aplaudir furiosamente en cuanto el Demóstenes se prepare á soltar el chorro de su maravillosa elocuencia, y no dad reposo á las manos ta que se retire sin haber podido desplegar los labios, para que pueda envanecerse luego de que los aplausos ahogaron su voz.

Ensayad por turno esos dos procedimientos, y adoptad en definitiva el que mejores resultados os dé.

## La cuestión económica

El día que dijo Besada en el Congreso que estábamos lo mismo ó peor económicamente que á raíz del desastre colonial, debieron los diputados republicanos haberse levantado como un sólo hombre á pedir que fuesen llevados á la barra todos los que habían sido ministros desde aquella fecha acá, en primer término los pertenecientes al último gobierno conservador y al hoy actual, por haber lanzado al país á una guerra desastrosa, la de Marruecos, estando la Hacienda en tal estado.

Y además de esto, haberse dedicado desde aquel día á hacer un estudio concienzudo de las causas que á tan ruinoso estado nos han traído, y no haber hablado sino de cuestiones de Hacienda en las Cortes, en los mitins, en todas partes, hasta haber impuesto á la nación este convencimiento: la monarquía nos lleva á la ruina más completa en plazo muy corto.

Pero, nada; esceptuando á Salillas, que estudia y ahonda en las cuestiones de Hacienda, los demás republicanos que de la cuestión económica se ocupan alguna vez, lo hacen á estilo de beata que reza el rosario maquinalmente, bien por costumbre, bien por creerlo un deber, sin enterarse de cuando está en el Padrenuestro ni en el Avemaría.

## Quien hace un cesto...

Se ha hablado mucho de si Azcárate levantó ó no el veto á Maura en la sesión del 11 de Mayo.

En el discurso de Azcárate no aparece claro esto; pero como los discursos se corrigen, vaya usted á saber si se lo levantó ó no.

Lo que sí resulta probado, es que Canalejas le contestó lo siguiente:

«Dice S. S. que lo que se está discutiendo toda la tarde se á quién prefieren los republicanos, si al Sr. Maura ó

á mí. Pues, ¡donosa discusión!, ¡gracioso debate! Pero ¿S. S. prefieren al Sr. Maura? Yo me alegraré, no tengo ninguna emulación con el Sr. Maura que me conduzca á desear que las fuerzas políticas que no estén bajo mi dirección le acompañen ó le asistan, ó le presten concurso ó no le pongan veto; yo me alegro mucho, porque soy un hombre honrado, un monárquico sincero; me alegro de que levanten Sus Señorías a vel veto contra los conservadores, insignificante para ellos, para nosotros intolerable, que habíais puesto al partido conservador; y si otros vetos se levantan para mí, diré lo mismo; porque las relaciones de partido á partido, aquel supuesto pacto, aquel turno de que tanto se busca y tanto se habla, sólo son una floción de la fantasía ó de la malquerencia; pero tengo que estar sustancialmente deseoso de que cuando el partido liberal haya cumplido su misión, el partido conservador pueda con dignidad, con tranquilidad y con prestigio realizar la suya.»

No se comprende que Canalejas pronunciara esas palabras, si las de Azcárate no le hubieran dado pretexto para ello; pero se comprende menos aún que Azcárate, al rectificar, no afirmase que él no había dado motivo para la alegría de Canalejas.

Y como la cosa era bastante grave para dejarla pasar en silencio, que cada republicano piense lo que quiera de este asunto.

Teniendo en cuenta la conducta usual de Azcárate con los monárquicos, no resultaría novedad el que le hubiese echado á Maura ese capote.

Quien hace un cesto...

## Al Auto de Fe y con mordaza

Al propio tiempo que Pidal y Mon hace la apología de la Inquisición en el Palacio de la Biblioteca Nacional á presencia de la Corte, la prensa sale alarmada, deduciendo de las burujas que se forman en las aguas de la charca política, barruntos de tremendos acontecimientos.

Sobre estas aguas ha salido á flotar, desde el fondo donde estuvo hasta ahora oculto, el terrible Neptuno español, desatado los vientos del abismo de los odios monárquicos, presagio de la futura próxima tromba.

Estamos, pues, en vísperas del auto de fe.

Cólega tan sesudo como *El Imparcial*, en su edición del día 6 pasa ya á señalar con el dedo los nombres de los que van á ser quemados vivos.

«H y que dar la batalla á los caudillos de la plebe.»

«Debe practicarse una política de rigor inflexible contra los propagandistas populares.»

Cuando *El Imparcial* órgano el de más acendrada fe en la Monarquía, nos trae tales presagios, es que ya nada falta á los procesos. La sesión de la Biblio-



teca ha sido la publicación del *Edicto de la Fe*.

Los procesos están hechos y terminados. Falta poner en orden la solemnidad del *auto* y el ritual que deberá seguirse.

Las calles por donde atravesó la Custodia del Congreso Católico van á ser regadas con sangre que sazone á la villa del Señor.

Desde este momento las campañas de las iglesias tocan á rogativas por el buen éxito de la fiesta político-religiosa.

La *Defensa social* se encarga de ir poniendo mordazas á los reos: no sea que de aquí á entonces y que de la cárcel al patíbulo, los gritos de las víctimas arrancasen del pecho del pueblo la irritación y la vergüenza.

*Ave Cesar  
morituri te salutant*

Jefes republicanos: gracias infinitas os sean dadas por haber llevado, con vuestros rencores lobeznos, al león liberal español á este matadero, maniataado y sin rugir.

Desde el momento en que la *Gaceta* anuncie el cambio de Gobierno, resonará el grito de sálvese el que pueda, y acaso algunos lobeznos serán salvos: pero los borregos irán al degolladero á coronar con el sacrificio cruento el trasquileo incruento.

Joan Franco propone, Dios dispone y el jefe republicano descomponen. A nio Sol: ¡hasta el cadalso!

## Ejemplo á imitar

¿Recuerdan mis lectores aquel cartel de desafío que Francisco I envió á Carlos V, invitándole á batirse con él en vez de lanzar sus ejércitos uno contra otro, haciendo perecer á miles de hombres y arruinando las dos naciones?

Algo parecido debería hacer los jefes republicanos: reunirse todos en mitin de acusación ante el Pueblo, decir cada cual las razones que tuviera para no unirse á los demás, y que el Pueblo decidiese luego quién había resultado vencedor.

Y esto, por no habernos decidido todavía los republicanos á imitar á aquellos soldados chinos que, al ver que dos de sus generales, ambos prestigiosos, se disputaban la supremacía estando aún en lucha con el enemigo, fusilaron á los dos.

Claro que el fusilamiento aquí tendría que ser moral; mas no por esto resultaría ineficaz, pues enseñaría á los que en adelante aspiraran á dirigir el partido, que la salud de la patria impone á veces sacrificios penosos.

## Avisos de la experiencia

Para comprender cuán necesaria es la unión, no hay más que pensar en

que, por no haberla, fracasaron los dos movimientos preparados por el señor Ruiz Zorrilla en 1883 y 1886: de haber estado entonces unidos, diferente habría sido el resultado.

¿Que los descalabros parciales, las derrotas mismas sirven para templar el ánimo y levantar el espíritu cuando se lucha por una causa justa?

Tal vez ocurriera eso *in illo tempore*, pero lo que es en estos tiempos...

Y si no, que se me responda á esto:

¿Qué hemos hecho después de los fracasos de 1883 y 1886? Fuera del movimiento de 1909, que no fué movimiento propiamente republicano, ¿hemos acaso intentado algo en el terreno de la fuerza? Y aún en aquellas dos fechas ¿no fueron militares los que lucharon?

Y que no han corrido años desde el último: ¡veinticinco y pico!; que si para todos han sido muy largos, han sido eternos para los militares que perdieron su carrera, y de los cuales andan por ahí todavía algunos, quince ó veinte, de ciento y tantos que eran, luchando á brazo partido con la miseria y el abandono.

Porque no vuelva nadie á verse en ese caso, combato los intentos parciales que, en vez de ensanchar el ánimo, lo achican.

## En serio y en broma

### Las apariencias

Me hacen gracia los que imaginan que yo creí que los jefes podían unirse en espíritu y en verdad.

¡Por favor, correligionarios! No me supongais ya tan imbécil, ni tan desconocedor de lo que entre nosotros pasa. Harto sabía yo que eso no podía ser.

¿Que por qué lo intenté entonces? Porque está España de un modo, que la *apariencia* de una unión hubiera bastado para despertar esperanzas en los republicanos y temores en los monárquicos.

Porque hubiéramos podido llamar á las puertas de los que hoy no nos las abrían, ni aquí ni en el extranjero.

Porque hubieran cesado estas luchas que nos aniquilan, nos deshonoran, y alejan de nosotros á los que, simpatizando con nuestras ideas, aguardan para manifestarlo el momento de vernos unidos.

La *apariencia* de la fe sostiene al clericalismo. Y la de la prosperidad á la monarquía. ¿Por qué no habíamos de llegar nosotros á la República por la *apariencia* de la unión?

### La verdad en marcha

Censuradme los unos; injuriadme los otros; dudad de mis intenciones á algunos; que no por esto lograréis que me arrepienta de haber procurado que los jefes se unan. Al contrario: cada día estoy más satisfecho de mi iniciativa.

¿Por qué? Porque he cumplido mi

deber como hombre, diciendo, aunque un poquito tarde, la verdad á todos.

Como político, procurando sacar de compromiso en que estaban á algunos directores del republicanismo.

Como republicano, intentando que formásemos un núcleo poderoso que pudiera ponerse pronto en condiciones de dar la batalla á la monarquía.

Y como revolucionario, tratando de impedir que hoy sean sacrificados en detall hombres que pudieran mañana contribuir al triunfo de nuestras ideas.

¿Que no he conseguido hasta ahora lo que me proponía? Ya lo conseguiré. La verdad está en marcha.

### ¡Viva Nakens!

Si se lanza es viva como una especie de trágala para el que he combatido siempre toda manifestación de fetichismo, nada tengo que decir: cada cual puede atacarme como quiera.

Si se lanza por creer que me halaga, tengo el honor de repetir que me disgusta.

Pero si se lanza con el objeto de escutar con mi nombre actos ó intenciones que no responden á mis ideas ó mis propósitos; si mi nombre se utiliza como proyectil para destrozar á los unos á los otros, entonces protesto con toda mi alma del abuso que de mi nombre se hace.

Y sépanlo todos: para cuanto contribuya á unir á los republicanos, me honra y me complace que se invoque mi nombre.

Para cuanto influir pueda en su desunión, me indigna y me avergüenza.

### Nota triste

Llevamos treinta y siete años luchando por una República cuya venida impidieron las diferencias de los jefes de ayer, y que retardan los de hoy con sus feroces antagonismos.

¡Cuántas energías agotadas en esta lucha estéril! ¡Cuántos hombres de valía retraído! ¡Cuántas persecuciones infuadas soportadas sin quejarse! ¡Cuántas víctimas inmola las á la injusticia! ¡Cuántos hogares destruidos por la miseria!

Cuando se vuelve atrás la vista y se contempla el rastro de desventuras que han dejado los republicanos que no supieron acomodarse al ambiente de corrupción que desde tantos años viene respirándose en España, se maldice de quienes han cimentado el pedestal de las jefaturas que hoy defienden con tanto ahínco, sobre tantos anonadamientos de espíritu, sobre tantas angustias morales, sobre tantas ruinas materiales...

### Tres lo menos

Invité á las figuras salientes del republicanismo á que se reunieran para ver si se concertaban, por entender que aun todos juntos necesitaríamos Dios y ayuda para derribar la monarquía, y...

¡Bendita sea la hora en que tal idea surgió en mi cerebro, pues ella me ha hecho saber lo que nunca hubiera sospechado: que cada fracción se basta y se



sobra para tragarse la monarquía, con más facilidad que el mar acaba de tragarse el *Titanic*.

Estamos de enhorabuena.

Andábamos hace años en busca de una República, y el día menos pensado amanecemos con cuatro ó cinco; con tres por lo menos: una traída por Lerroux, otra por los conjuncionistas, y otra por el Sr. Alvarez.

Y entonces diremos: «lo que abunda no daña.»

No como hoy, que sólo podemos decir: «lo que daña abunda.»

¡Pero qué suerte tan loca la nuestra! No nos la merecemos.

### Lo que no sirve, estorba

¿Cuántos diputados tenemos? De seguro no hay un republicano que me lo diga, si no busca un periódico de los que trajeron la lista de los favorecidos en las últimas elecciones. Porque ni la voz de todos se escucha, ni sus nombres figuran siquiera en las votaciones. Y es que no van al Congreso.

Hace pocos días, el martes último, no estaba al comenzar la sesión más individuo de la minoría republicana que Rodrigo Soriano, cosa que ocurre á menudo, por ser éste casi el único que toma en serio lo del Congreso, aunque aparentemente parezca tomarlo á broma.

Y para esto, para que no vayan sus diputados á las sesiones, hacen los distritos tantos sacrificios y tantos electores exponen su reposo y á veces su libertad y su vida?

Solo con que se fijaran en esto los que votan, quedarían desiertos los colegios, y al acercarse á ellos los candidatos, se verían forzados á exclamar con la protagonista de la comedia *Consuelo*: ¡Qué espantosa soledad!

### El republicanismo

Es hoy para algunos de los de arriba un oficio; para otros un sport; para otros un medio de alcanzar fácil renombre; para pocos una convicción; de aquí que no se entiendan ni quieran entenderse.

Tomáranlo todos como un ideal patriótico, y no habría entre nosotros estas divisiones que nos incapacitan para toda acción decisiva y provechosa.

### Los mitins

Esos mitins fijando los oradores de tanda, como en las novenas los predicadores, sin que nadie que no esté en lista pueda tomar la palabra, ¿para qué han servido, fuera de los pocos electorales?

Para decirle indirectamente al Pueblo que es un torpe, que no se ha enterado aún de lo que debe pensar y hacer, y, por tanto, necesita que se lo repitan constantemente.

Lo que no entiendo es cómo el Pueblo escuche todavía á oír á unos señores que hace tantos años les vienen aturdiendo los oídos con la misma cantata y dándole los mismos desengaños.

### Frase gráfica

Y decía á un amigo suyo, republicano, un conservador de talia:

«¡Pero qué mal no lo harán ustedes, cuando podemos todavía seguir gobernando en España los monárquicos!»

No puede condenarse en meros palabras ni con más exactitud la marcha desastrosa que seguimos.

Los mismos enemigos, que están en el secreto del desbarajuste y la inmoralidad que reira en todas las esferas del Estado, se admiran ya de que no los hayamos barrido.

No podíamos llegar á menos.

### Cálculo probable

¿Que si yo calculo cuántos diputados de los actuales tendrá la minoría republicana cuando vengan los conservadores?

—Si el Pueblo recuerda aquellos días todo lo que han dejado de hacer en estas Cortes, serán contados los que vengán, salvo, como es consiguiente, los Azcárate que la monarquía necesite para sus menesteres de oposición convertida.

Por que no creo que al Pueblo le guste que le sigan dando con la badila en los nudillos.

### La realidad

Pese á las razones que los jefes dan para no unirse, la realidad de la política republicana es hoy esta:

El Pueblo no quiere ya oír razones, sino que la unión se haga; ni siquiera desea saber quién es el más culpable de la desunión; lo que exige es que la unión se pacte.

Los jefes no quieren entenderlo, pero ya se cor vencerán en las elecciones próximas, si continúan desunidos; á menos que no se enteren antes, porque al Pueblo le dé la higiénica humorada de no acudir á ningún sitio donde se le llame con fines que no respondan á su deseo.

Que todo pudiera ocurrir, y nada perderíamos si ocurriese.

### Incongruencias

Aseguran algunos republicanos que la vuelta de Maura al poder aceleraría la venida de la República, y á la vez amenazan con oponerse á que vuelva. No lo comprendo.

Sólo digo que, si yo creyera eso, procuraría por todos los medios á mi alcance que Maura volviese, pues no tengo interés maldito en que la monarquía continúe.

### El odio

No siento odio hacia ningún republicano; desprecio hacia algunos, sí. De los autos, claro es.

Y no precisamente por lo que hacen (¿cómo, si no hacen nada?), sino por lo tontos que son.

Si alguien cree que debo retirar la palabra y aplicármela, pues á nadie le cuadra como á mí, le diré que la em-

pleo en el sentido de que son tontos de los que se meten en casa y no tiran piedras á su tejado.

Esto a parte de que el odio (y que no lo he dicho veces!) debe reservarse para aplicarlo á quien lo merezca.

Y la gentecilla inferior no merece ni eso.

### Una redondilla

De cuanto escribo ahora, tras cada cada periódico lo que le conviene; para aplaudirlo, si refuerza su campaña; para censurarle, si la contraría.

En el primer caso, se me concede una autoridad que quisiera tener; en el segundo, se me niegan condiciones que tergo.

Lo cual me prueba que no debo cuidarme de los juicios que sobre mí se emitan, y recitar á menudo aquella redondilla de Campoamor:

En este mundo traidor  
nada es verdad ni mentira;  
todo es según el color  
del cristal con que se mira.

## ¿Me paro, ó sigo?

Muchas veces me pregunto:

¿Para quién trabajo yo al procurar que venga la República? Para mí no es. Por poco que tardemos en traerla, no la veré; habré desaparecido ya del mapa.

Pero aún suponiendo que estuviese por aquí todavía, ¿qué? ¿Para qué sirve un hombre de mi edad? Esto en el caso de que no tuviera que emigrar, por emigrarme en seguir sosteniendo que la República había venido para algo más que respetar frailes, amparar privilegios y buscar armonía entre intereses eternamente irreconciliables.

Por esta razón, creo que tengo derecho á desear que algunos de mis queridos correligionarios no me atribuyan intenciones que no abrigo, olvidándose de que soy uno de los pocos republicanos de algún renombre que no ha sido nada en el partido, ni lo ha pretendido siquiera, á pesar de tener la seguridad de que lo hubiese alcanzado.

¿He obrado así por modestia? No. Quizás por orgullo.

¿Por miedo á fracasar? Tampoco. Aquí nadie fracasa. Que lo diga Azcárate. Después de tantos deservicios á la causa republicana, ahí lo tienen ustedes tan respetable, tan eximio y tan jefe.

Mas aun admitiendo que no hubiera querido ser nada ni aceptado lo que se me ha ofrecido por temor á un fracaso ¿qué probaría esto?

Que me conozco mucho mejor que se conocen aquellos que llegan á la altura de fracaso en fracaso.

Y esto dicho, termino por hoy mi conversación con mis lectores, dudando en si debo seguirla ó no en números sucesivos.

Como decir, creo que ya he dicho lo



bastante para orientar la opinión hacia los derroteros que le conviene seguir al partido republicano.

Y como no se trata de discutir puntos de doctrina, pues todos venimos á pensar ya casi lo mismo; ni disenzimos en la cuestión de procedimiento, pues no hay ningún republicano que no esté convencido de que la República jamás vendrá en España por la evolución, ¡que ré yol; quizás me dé por callar durante algún tiempo, no haga el diablo que, sin pretenderlo ni pensarlo siquiera, vaya á servir lo que yo diga de pretexto para que los señores del margen continúen tan bravamente revolucionarios de palabra, tan negativamente pródigos de obras y tan perfectos y sólidamente desunidos.

En fin; lo pensaré.

J. N.

## La tolerancia y la jorobancia

También yo tengo mi cacho de filósofo en el cuerpo... y eso que no soy diputado, ni académico, ni bachiller...

Y tengo mi auditorio «motinesco» que cuando menos es tan numeroso como el que tiene el Sr. Alvarez en los mitines.

Y toda vez que él predica teóricamente la tolerancia con los católicos que reclaman el derecho divino de insultarle, bafarle, escarnecerle, escupirle, prenderle, acusarle, ponerle en el potro y asarle vivo infamando á su mujer é hijos; si esto tolera en los enemigos ¿cuánto más podrá tolerar en los amigos el que discutamos la lógica de sus discursos? Y precisamente sobre eso de la tolerancia con los católicos.

Paréceme á mí que el amigo Alvarez no conoce el catolicismo ni por el forro. ¿Sabe en qué consiste?

Pues... se lo diremos al buen amigo. El catolicismo es el nihilismo católico; esto es, la negación jurídica, legal y política de todo el y de todo lo que no es católico.

Sí, Sr. Alvarez. ¡El nihilismo! El creyente cree que el increíble es escarnación diabólica y que es obra meritoria difamarlo, robarlo y matarlo. Cree que está en el deber de matarlo, robarlo y difamarlo.

Y esta es la fe católica y el dogma católico y la doctrina católica. ¡Y la historia católica! ¡Y la aspiración católica! ¡Y el laborantismo católico!

La muerte de Ferrer fué para ellos la muerte del aleo y un triunfo de la fe. Fué el domingo glorioso de la semana Trágica, según lenguaje católico, al cual oponen su lenguaje los radicales llamándole domingo trágico de la semana gloriosa.

El fusilamiento de Ferrer, la confiscación de sus bienes, el secuestro de sus amigos, el secuestro de su cadáver, todo eso es un acto católico, un acto de fe católica, es decir, un acto de nación católica, con el cual se afirmó la fe de España en el Papa, la esperanza de España en la abolición del Papa, el amor de España con el Papa. Fué un acto espléndido de la Teología católica; fué el triunfo de la Defensa Social.

fué el enfundamiento de la bandera española y el enarbolamiento de la bandera judaica del «JES».

Y no sólo fué un acto teológico, sino de moral católica, en donde brillaron todas las virtudes cardinales: la prudencia en procesar, la justicia del fin y de los medios, la fortaleza en castigar y la templanza del arte ejecutorial.

Esto es catolicismo.

Y si no se le da todo esto, se le roba; si se le discute esto, se le ultraja; si se le impide esto, se le persigue; sin todo esto, se irrita, clama, grita, se desespera, y se da por profanado como si le robaran el alma, porque esta es la fe católica: ó todo ó nada. Lo dijo San Atanasio y lo dice el Credo.

«Fuera de la Iglesia no hay salvación», dice el Papa cada día en la misa.

Y esta doctrina disolvente y nihilista enseñan los maestros católicos á los niños; se la enseñan jesuitas y maristas á los hijos de Canalejas, de Maura y de Alvarez, si los tienen.

Y les cuentan que sus padres son instrumentos de Satanás; que hay que odiar al diablo y sus secuaces; que hay que exterminarlo, con tanto más ardor cuanto más traíloramente surge envuelto con el disfraz de amigo, de hermano ó de padre.

¡No hay más padre que el Padre Santo!

¡No hay más madre que la Iglesia! ¡No hay más hermano que el cofradel! Fuera de la Iglesia ¡nulla salus!

¿Es tolerable esto, amigo Alvarez?

Y usted, tan tolerante para los nihilistas católicos, grita contra los del hampa... los de la Commune de París, los de la Bastilla, los españoles de 1834 y que, hartos de tolerar mil años se hicieron intolerantes unos días, y celebraron unos autos de fe con el ritual revolucionario...

Confesemos que es un ritual defectuoso; no hay cruces verdes, ni procesos largos, ni clarines, ni sermones, ni misas solemnes... confesemos que es un ritual falto de arte... Pero así ha celebrado la Iglesia muchos autos cuando ha sido ella la revolucionaria...

¡El hampa! ¡El hampa!

Y gracias al hampa, Melquiades Alvarez puede llamarse republicano, y en vez de llevar mordaza y coroza, declarar en los banquetes llevando el gorro frigio...

¡Gracias al hampa, Sr. Alvarez!... Llámesela soldadesca, populacho, escoria, ella es la que con sus huesos y su sangre amasa todos los monumentos...

Y si no, veamos. ¿Cuántos duques, generales y arzobispos han aplaudido y votado á Alvarez?... ¡El hampa, amigo Alvarez, el hampa!

¡La hez! La hez somos. usted, y yo, y todos los que trabajamos por la emancipación del Pueblo.

R. MAYOL

## ¿Y la ley de Jurisdicciones?

En El Correo Catalán encontramos el siguiente aviso:

«Prácticas de tiro y ejercicios militares».

res.—Continuarán mañana, de once á una, en los salones del Círculo Tradicionalista Central para los jóvenes del requeté y bajo la misma dirección del comandante carlista señor Bermello».

Por lo visto ya débese haber derogado la inflexible ley militar llamada de Jurisdicciones, puesto que se permite la pública enseñanza del manejo de las armas, ese militarismo clandestino, para esgrimir las un día contra el ejército de la patria, cuando no contra los pacíficos ciudadanos.

Es irrisorio que mientras se condena á calabozos y prisiones al honrado periodista que maneja la inofensiva pluma, se deje en libertad á los cabecillas y requetés para establecer academias militares clandestinas, de las cuales seremos mañana todos víctimas, ejército y paisanaje; cuantos estimamos la libertad.

Esta es la obra del liberal, del democrata Canalejas.

La Democracia.

León.

## Datos... para la Historia

¿Cuándo se fundó la Iglesia Católica?

No se sabrá nunca con certeza, porque carecen de fundamento serio los cálculos, según los cuales, San Pedro fué á Roma, ó bajo Calígula, treinta y nueve años después de Cristo, ó bajo Claudio, tres años después.

¿Fué San Pedro obispo de Roma, y esto durante veinticinco años?

Estas dos cosas que la Iglesia da por históricamente ciertas es muy difícil poderlas demostrar y descansar en muy débiles bases. Lo primero data del siglo IV de la era vulgar, y se halla solamente en el Catálogo literario, citado por Eusebio, original de un romano contemporáneo de Constantino.

¿Fué San Pedro el primer misionero de Roma?

No existe ninguna prueba que lo acredite: sólo hay en su favor el dicho de la Iglesia que afirma que sí, pero sin argumentos históricos de ninguna clase.

¿De cuándo data el primado del obispo de Roma?

De principios del siglo V, porque la Historia enseña que no dió señales de vida cuando surgió el conflicto entre San Atanasio y los arrianos de Oriente, ni cuando las disputas de los donatistas en Africa. Entonces la religión cristiana era gobernada por aquel que ejercía el primado, pues el papado tal cual hoy lo conoce el Occidente no había aparecido todavía.

El bautismo.

Este sacramento la Iglesia primitiva lo confería á todos los hombres, cualquiera que fuese su origen, griegos, judíos, bárbaros, escitas, libres ó esclavos que se adherían á Jesús, y todos juntos participaban de un banquete en el cual se celebraba la Eucaristía, pero en la cual todavía no se había introducido la transustanciación, y tampoco se atribuía al bautismo ninguna virtud regeneradora.



### El culto de María.

Fué solo en la época en que Apolinar conmovió al Oriente, y cuando en Arabia pululaban singulares novedades religiosas, que se empezó á hablar de un culto prestado á María, madre de Jesús, por algunas mujeres que lo habían importado de la Tracia ó de Escitia. Este culto era exclusivo de las mujeres, las cuales una vez al año ofrecían al simulacro de María ciertos dulces llamados *colliridos*, y, según San Epifanio, este culto exclusivamente femenino dió origen á la heregía de los Colliridianos.

### El culto de los santos.

Las fiestas de los mártires de la fe eran ya populares en el siglo IV, y en muchos sitios eran acompañadas de *agapes* que con frecuencia degeneraban en escandalosas orgías, y fueron origen de las fiestas de los santos, que como las fiestas paganas se celebraban con banquetes y procesiones.

### El culto de las imágenes.

Este culto, que hasta el siglo IV y V estaba reservado únicamente á las imágenes de los emperadores, y era una verdadera y propia idolatría, fué vivamente combado por los iconoclastas, el cual se introdujo en la religión cristiana atribuyendo á las imágenes virtudes milagrosas, y erigiéndoselas templos.

Todas estas noticias interesantes las he tomado de una fuente nada sospechosa, habiéndolas copiado en la *Historia de la Iglesia antigua* escrita por Mgs. Duchesne, obra que el papa Pío X bendijo en el mes de Mayo de 1911, y que aprobó el R. P. Lepidi, y que después otros reverendísimos padres de la Inquisición romana pusieron en el *Índice* en Enero de 1912.

¿Tiene lógica la Iglesia, verdad?...  
FRAY GERUNDIO

## El sacerdocio y las mujeres

No pasa día sin que un nuevo hecho, una nueva y picante historieta, sea comidilla de las gentes y demostración plena de que todo, absolutamente todo, lo puede el amor.

Sobre éste no queda nada. El, es el dueño del mundo. Sayal blanco, tocas, vestimentas sacerdotales, uniformes, todo queda á merced de sus caprichos y atenido á las consecuencias.

Hace pocos días se fuga Ursula, monja del Hospital de San Juan de Dios de Madrid, con apuesto enfermero del departamento de tífosos, joven que se dueñó del corazón del hermosísimo ángel de blancas tocas, y á estas horas estarán en pleno idilio y saboreando la alegría de vivir.

Ahora llega hasta nosotros el atrayente rumor de una historieta nueva.

Son los protagonistas una linda joven y un representante de Cristo en esta maldita tierra, sujeta á rígida disciplina y sacerdotales prácticas.

Los ecos de la interesante historia llegaron hasta los alcázares, y parece ser que los superiores del cura, que es

tá ya en la edad de la reflexión y la madurez, han tomado cartas en el asunto, que por las circunstancias que en él han concurrido, bien requiere aquella intervención.

Si se tratase de una historia escueta de amor entre una joven y un cura, nos limitaríamos al ofrecimiento de esta flor mística á Nakens, pero... espéremos, que quizás haya mucho más en este idilio que interese á la opinión y pinte de cuerpo entero la honorabilidad de los ministros del Señor.

Aguardo los detalles de ese idilio á que se refiere *El Progreso* de Barcelona, para felicitar al sacerdote aludido, si ha escamoteado el corazón de esa joven con equidad y aseó.

## La sed del oro

Diez millones de francos (en un paquete de libranzas, talones, letras ó cheques) dieron hace unos días, á Pío «deci», del pobre Puerto Rico los feligreses.

La «santa sed» del oro llamarse debe la que los curas llaman la «santa sede»; pero hoy está contento monseñor Merry (que en inglés significa «gozoso, alegre»), pues con tan respetable montón de cheques, no habrá en el Vaticano ni hambre ni «sedes».

En cambio, en Puerto Rico, seguramente que habrá cientos y miles de feligreses menesterosos, que unas y otras padecen; pero á esos les diría monseñor Merry:

—Dios ordena á los pobres que se consuelen los unos á los otros, y no protesten... ¡Ah! ¡Bienaventurados los que padecen hambre y sed de justicia, como esos fieles; porque ellos serán hartos, «quía esurientes implevit bonis...!» Callen, y no molesten; porque (mientras el cielo no lo remedie) nunca podrán ser ricos todos los fieles...

Sí, Bienaventurados son los pobres que en Puerto Rico sufren hambres y «sedes»; mas no lo serán menos los «posidientes» que le quitan las suyas á Pío «deci», pues con sus bendiciones y con sus preces todos irán al Cielo, seguramente, mientras que los mendigos y los pobres irán á los infiernos, cuando les llegue su hora, y los «satanases» y «lucíferos» les dirán leña... para que se calienten.

Los que no se consuelan porque no quieren, por mal que aquí les vaya, que no se quejen: ¡todo lo que les pase, se lo merecen! Conque, así, que se chinchen y que revienten: la sed es una cosa... ¡y otra la «sede»!

CARLOS MIRANDA

## El buen sentido

*El Diario del Hogar*, periódico de Méjico, dice en su número de 23 de Abril en unos renglones que encabeza de este modo: *Para la defensa de la patria, sólo los hombres de buena fe:*

«Los señores que forman la tenebrosa mafia del llamado Partido Católico, han encontrado el momento propicio de, ó más bien dicho, han creído encontrar el momento oportuno de inmiscuirse en asuntos que no les conciernen, porque en la defensa de la Patria sólo deben tomar parte los hombres de buena voluntad, los reconocidos patriotas, y bajo ningún concepto los que en su historia tienen el anatema de *traidores perfectamente merecido y justificado*».

Con toda la hipocresía de que son capaces los hijos de Loyola, han ido á ofrecer al Gobierno su contingente para el caso de que la Patria necesite defender su integridad y su honor, pretendiendo hacerse pasar ante el pueblo mejicano como animados de nobles y levantados sentimientos; pero, por fortuna, son demasiado conocidos los ideales de esa hidra, para que nos puedan dar el timo del patriotismo. El Gobierno es demasiado cauto para dejarse sorprender de esos judas, que son capaces de todo, menos de abrigar sentimientos honrados para servir á la Patria. La historia responde por nosotros.»

Tiene razón ese periódico: ni aun para un fin bueno deben aliarse nunca los partidarios de la libertad con los secuaces de la reacción.

Como dijo no recuerdo quién, los buenos son siempre buenos hasta en sus acciones malas, mientras los malos son siempre malos hasta en sus acciones buenas; que es lo que ocurre á los jesuitas.

## Biblioteca de la Inquisición

Se ha puesto á la venta el tomo titulado:

DESPOJO, INFAMIA Y HOGUERA

Relación de autos de fe celebrados en Córdoba, comentados por el Licenciado Gaspar Matute y Luquín.

## EN PRENSA

AUTO GENERAL DE FE CELEBRADO EN MADRID EN 1680.

Descrito por José del Olmo, alcaide y familiar del Santo Oficio.

Este auto es el más memorable de cuantos celebró la Inquisición en España.

LIBROS A DOS PESETAS

«Cuadros de miseria», «Degradaciones y cobardías», «Cartas y dedicatorias», «Mi paso por la cárcel», «Humorismo anticlerical», «Puñado de ironías», todas por Nakens.



# EL MOTIN



*Auto de Fe en Goa (Portugal).*



## Opiniones

Voy á copiar la de dos importantes diarios republicanos y la de otro monárquico, para que se vea que todos coinciden en que el partido que debería ser la esperanza de la patria, por lo numeroso y por las soluciones que contiene su programa, está hoy completamente desquiciado.

Y lo hago con el propósito de ver si, al enterarse de esa unanimidad, se deciden los jefes á desmentirlos cambiando completamente de conducta.

*El Liberal*, de Madrid:

«Nos duele el suceso, lo mismo que nos han dolido otros semejantes; mas no por lo que signifi que en desdoro de tal ó cual agrupación republicana, sino por lo que predica en contra del conjunto.

Es deplorable, y aun mejor diríamos molesto, el procedimiento de familia que entre sí vienen empleando los republicanos españoles. Y entiéndase, antes de seguir adelante, que no nos referimos al agua limpia, callada y buena del fondo, sino á la brillante y ruidosa espuma que va por la superficie.

Manera de despellejarse unos á otros como la que practican á diario los afines y los parientes, no se ha visto jamás en el resto de los partidos, ni tan sistemática, ni tan implacable, ni tan concienzuda.

Por riguroso turno, les toca á los personajes de primera, de segunda y de tercera clase ser tratados por sus próximos de venales, de apóstatas, de vendidos á los Gobiernos, de utilitarios, de ineptos y de todo aquello que más puede lastimar la dignidad ó el amor propio del individuo.

Otro tanto pasa en los rangos subalternos. Hay que oír, en tiempo de elecciones populares, lo que de acera á acera se imputan los Comités, las Juntas y los directorios, tanto de la capital como de provincias.

Todo ello sin perjuicio de que aquellos que más azuzan é increpan, animados, sin duda de bonísimo propósito, salgan á lo mejor proclamando la necesidad inmediata de una común y amorosa inteligencia.

¿Cómo, pues, ha de maravillarnos el que de vez en cuando ese crónico estado interior se haga escandalosamente febril y público?

Que existe en España una inmensa fuerza republicana, una fuerza republicana mayor cada día, es cosa de que no dudan ni los monárquicos más intransigentes.

Pero, desde hace harto tiempo, nadie duda tampoco de que esa fuerza, por dispersa, por inquieta, por mal dirigida, no sirve para nada.

Ahora hemos visto, en el triste asunto de los suplicatorios, que ni el amor á los principios, ni el riesgo de los derechos individuales, ajenos y propios, bastaban á evitar que cada grupo apreciase la cuestión con un criterio privado.

Y viendo estamos á diario, fuera de las Cortes, cómo no hay colectividad que sinceramente quiera entenderse con la vecina, y cómo cada una de ellas

desoye y desatiende los consejos é instrucciones de sus caudillos naturales.

No nos preocupa, por tanto, en grado máximo el escándalo de Barcelona, que tiene numerosos precedentes; nos apena la idea de que eso menudee en lo sucesivo contra todos, así sean los más desinteresados, los más inteligentes y los más puros.

Al fin, hemos pertenecido y queremos seguir perteneciendo á la misma gran iglesia democrática, aunque perseveremos cada día más en la antigua y firme voluntad de no adscribirnos á ninguna parroquia.

Esto es todo lo que tenemos que decir del suceso de Barcelona, y lo decimos para desahogo de nuestra conciencia de periodistas; no porque nos dé ningún cuidado el temor de que amigos ó adversarios nos achaquen el propósito de escurrir hábilmente el bulto.»

*El País*:

«Mediten y reflexionen los que, á guisa de conductores, están hoy al frente de las aspiraciones populares, y no pierdan de vista que si no se preparan convenientemente, ellos habrán de ser las primeras víctimas de lo que sobrevenga; si luchan con el poder, sin organizar previamente las huestes republicanas, serán víctimas de este poder; si se cruzan de brazos y contemplan impasibles los acontecimientos, serán también víctimas del desprestigio más grande que cabe imaginar, ya que á ellos, y sólo á ellos, atribuirá el país la culpa y responsabilidad del avance reaccionario.

Levanten acta de esta leal advertencia los Sres. Azcárate, Galdós, Sol y Ortega, Melquiades Alvarez, Lerroux, Salvatella, Soriano y cuantos más aspiran al honor de representar las fuerzas democráticas, y consideren que, ó se unen corral y sinceramente, ó acarrean la muerte del republicanismo y el eclipse de las libertades, labrando, de paso, su propio desprestigio.

Nótese que en el mitin de Barcelona los interruptores, cuya conducta no aplaudimos, entre otras cosas, gritaban: «¡Viva la Unión republicana!» y preguntamos ahora: ¿no temen los prohombres del republicanismo que cuando vayan á provincias nuestros correligionarios les den una serie de lecciones, en forma mucho más culta, gritando á su paso: «¡Viva la Unión republicana!» y obligándoles con tal grito á proclamar ésta ó á enmudecer?

¿Por qué lo se anticipan?»

*El Mundo*, monárquico:

«Por supuesto, y ya en serio, que ésta (la Monarquía) en España, tiene una gran suerte que no hemos de negar: la gran suerte de que los republicanos sean quienes son y lo que son. ¿Quién duda de que hay muchos republicanos en España? ¿Y quién se atreverá á desconocer que si en sus directores y en sus segundas y terceras filas hubiese verdadero talento, integridad, nobleza, educación política y... de la otra, el republicanismo español constituiría una cosa considerable y temible, tanto más, cuanto que la mitad de los políticos monárquicos son una calamidad, que por calamidad restan fuerzas defensivas al Trono?

Pero ya véis lo que es este partido regenerador y salvador. Roto en mil

fracciones y con un programa para cada fracción, ó mejor dicho, sin verdadero programa ninguna fracción de esas; separados los grupos por ambiciones caciquiles más grandes que las del peor cacique de los que, por fortuna, van terminando ya en España; faltas de integridad, como se ve por las acusaciones que unos á otros se lanzan, sin prestigio, sin virtudes ni crédito, á nadie pueden convencer, ni catequizar; tienen en contra á los republicanos de buena fe, y carecen de fuerza para esa revolución que anuncian y no pueden hacer, como reconocen ellos mismos. ¿Queréis decirnos, por cómo hablan, por cómo administran, por cómo educan, qué es lo que pasaría si nos mandaran?

Mil pruebas elocuentes nos han dado de lo que su triunfo significaría. La última de Barcelona, con el trato soez dado por los republicanos radicales á un correligionario de los más cultos, basta para residenciar á un partido. Pues así son, así serán; dicho y reconocido sea para que, como españoles, nos contristemos de tener tales compatriotas, mas para que, como monárquicos, nos alegremos al mirar qué flojos, qué ineptos, qué poco apreciables y temibles son sus enemigos.»

## Milagro indiscutible

Sigue la virgen de Lourdes haciendo milagros. Uno de los últimos ha sido el de curar á una joven suiza, cuyo nombre se omite, que llevaba tres años sin poder bailarse un garrotín á causa de una parálisis orgánica, y que fué á Lourdes, se zambulló en la piscina, y al recibir por la tarde la bendición del cura en la procesión del Santísimo, tiró las muletas, y...

Agotados ya los tesoros de admiración de que yo disponía para derrocharlos en estos hechos milagrosos, no puedo dedicar á éste ni una parte pequeña.

Mas ya que no pueda admirar el hecho, dedico, por lo menos, un aplauso á quienes en él han intervenido, por lo bien que les ha resultado; que no siempre acompaña la fortuna á las combinaciones mejor preparadas.

Pasadas glorias

## Lo que vale el Museo

A D. José Jakens

Fué durante la guerra. Usted patriota honrado y usted entusiasta, usted rancio español, á pesar de ser español tan revolucionario y tan moderno, usted escribió entonces un notable, vigoroso artículo pidiendo combate y pelea. Entre tanto la andante plebe estremecía el adoquinado de las calles al arrastrar un escudo yanqui, flotaban españolas banderas, se cantaba la Marcha de «Cádiz»...

La noticia del desastre de Santiago llegaba en una triste tarde de vendaval que sacudía las banderas, hacía crujir



los árboles, arrebujaarse la muleta de los matadores que daban gusto al pueblo en la plaza. Era entonces patriótico y espartano peñir, como usted pedía, que si se nos acababa el dinero «vendieramos el Museo de Pinturas». Asimismo en otros tiempos de penuria fundiéronse alhajas y campanas de nuestras iglesias y se enviaron al enemigo balas de plata.

Hoy, cuando se ocupa la gente del vil dinero más que de la ruinosa gloria, hoy, que se toca á peñir, conviene contestar á usted. ¿Sabe usted, amigo Nakens, cuánto valdría á todo tirar nuestro Museo de Pinturas, si llegara el bochornoso caso de tirarlo?

Inestimable es su valor, porque tasarlo y medirlo y catarlo fuera tan insensato como justipreciar el azul transparente del cielo, ó el perfume de las flores, ó la luz del sol.

¡Y aún disfrutamos de sol, de perfumes y de azul hermoso, porque la inagotable bondad de Dios ha puesto mano en ello é impedido que la rapacidad inagotable de los Gobiernos españoles se apodere de tesoros tan ricos, únicos con que contamos para nivelar el presupuesto de ingresos!

Pero con cifras, con números, quiero combatir el patriótico proyecto financiero que usted, sincero amante del arte, pero español y batallador al fin, propuso en su artículo. Tal vez lo hizo usted en broma, quizá dominado por aquella magnífica pero suicida exaltación que movió á Benvenuto Cellini á echar en el fuego sus tesoros, sus alhajas, sus repujados platos de oro, cuando le faltó precioso metal con que pensaba terminar la obra que juzgaba mejor de todas las suyas.

¿Sabe usted, amigo Nakens (y estos datos que le ofrezco se deben á competentísima y erudita persona) por cuánto dinero, haciendo un cálculo medio de la cotización que hoy alcanza la Pintura en mercados europeos y americanos, podría comprar un ricachón hipocritamente cristianizado aquel sublime cuadro de Fra Angélico, descubierto por los Madrazo, gala del Museo de Pinturas, santuario de la religión y del arte, ante el cual se arrodillaron muchas generaciones de creyentes y de ateos, de artistas y de profanos? ¡Pues vale 50 000 francos!

¿Por cuánto cree usted que un tratante de reses saladas de Chicago se enriquecería de poseer las mejores carnes del mundo, aquellas de rosa, de marfil, de terciopelo, las de Rubens, en fin? ¡Por 4 600 000 francos!

¿Sabe usted á cambio de qué cantidad se venderían los retratos de aquellos capitanes y reyes hispanos que sujetaron al mundo, ante quienes se prosternó la Naturaleza, como asombrada? ¿Sabe usted por qué miserable precio se lefamos al marqués de Spínola, condenándole á vergonzoso cautiverio, ó nuestros regocijados «Enanos», ó las graciosas «Meninas», la obra, en fin, de Velázquez? ¡Por 18 millones de francos!

Y aquellas vírgenes mujillescás, cuya luz es pedazo del azul español, cuyos ojos celestiales y andaluces á la vez, son los de nuestras mujeres? ¡Por tres millones de francos aquellas divinidades, que tan gallardamente respaldan y vuelan en el cielo español, irían á consumirse de tristeza entre celajes

grises, á mancharse con el humo apesadumoso de las fábricas!

Usted, aunque no muy aficionado á ellos, es artista de corazón. ¿Vería usted con gusto cómo un austero fraile de Zarbarrán, envuelto en sus blancos hábitos, arroillado ante seca calavera, contemplaba ceñudo desde el lienzo la vida y milagros de cualquiera Magdalena impenitente que lo hubiera comprado? ¡Pues por 30 000 francos se llevarían nuestros Zúbaranes!

Y aquel fiero y atormentado Ribera, carnicero del sufrimiento, bravo y áspero y cruel como nuestros conquistadores del Siglo de Oro, ¿se lo imagina usted en una capilla de gótico francés, mezcla de confitería y de guirriache? ¡3 000 000 de francos bastarían para profanación tan horrible!

¿Qué bonito sería ver al austero Greco, mártir del arte, todo espíritu, alma en colores, exangü, bilioso, pálido, trágico, artista, fiero é independiente como las águilas, verlo, digo cautivo en algún despacho de negociante enriquecido, donde se hablara de «Cubas, Exterior, Interior!» ¡Pues 100 000 francos, pagados á toca teja, bastarían, quizás, para arrebatarnos al último pintor español que se ha conservado como planta sujeta á la tierra parda de Castilla!

¿Habría que oír al malhumorado Alonso Cano, aquel cristiano que rechazaba á su confesor en la hora de morir porque éste le presentaba un Cristo antiartístico! ¿Habría que oír sus insultos si se viera, por el azar, colgado en un hotel de ventas como en infamante picota! ¡100 000 francos vale! gritarían. ¡Oh!... Y aquí llega lo más indigno del caso. ¡Imagínese usted, amigo Nakens, usted tan español, imagínese el «Fusilamiento» de Goya como trofeo de la casa de a guñ descendiente de aquellos que «nos» fusilaron!

¡O la carga de los «Mamelucos» en el salón de algún mameluco auténtico! Y aquel tesoro de gracias, de perfumes, de transparencias, de deseos, de sonrisas, de picardías, que guardan las mujeres de Goya, aquellas majas cuya piel parece seda ó filo crespo japonés cuyos piecitos darían envidia á los chinos, cuyos soñadores ojillos guiñan y llaman!

¿Qué linaje de desvergüenzas lanzarían al verse en poder de algún sosote britano que las contemplara en día de «spoon» indiferente á tanto encanto? ¡1 000 000 de francos valen!

¡Vea usted al rígido Felipe II de Pantoja, sufriendo resignadamente las caricias del tabaco pestífero con que le obsequia en el momento de la digestión cualquier flamencote judío de Amsterdam, descendiente de aquellos que temblaban ante el solitario de El Escorial! ¡Por 50 000 francos podríamos entregarle al temido rey y de propina los demás cuadros de Pantoja!

Y los lienzos de Bellini por 25 000, y los fantásticos del Bosch por 100 000, y los de Bronzino por 30 000 y los de Boucher por otros 30 000 y las fiestas de Boucher por 500 000. Carreño valdría 30 000. Citena 15 000. Champaigne 20 000. Corregio 100 000. Cranach 100 000. Darero 300 000. Van Dyck 3 000 000. Van Eyck 50 000. Claudio Lorena 500 000. Jordán 100 000. Giorgione 300 000. Gossaert 50 000. Guido 50 000. Holbein 70 000. Jordaens 200 000. Lar-

gilliere 100 000. Van Loó 700 000. Lotto 50 000. Mantegna 20 000. Mengs 50 000. Murillo 100 000. Moro 250 000. Nattier 100 000. Oliev 40 000. Patmir 250 000. Rembrandt 100 000. Raysdael 50 000. Sánchez Coelho 40 000. Rafael 4 750 000. Sarto 300 000. Piombo 250 000. Sallera 120 000. Taniere 500 000. Tiepolo 20 000. Tintoretto 500 000. Tiziano 4 800 000. Veronés un millón. Watteau 100 000. Wander Weinden 100 000. Y otros cuadros secundarios italianos 600 000, y los germanos otros 600 000. Los franceses 300 000 y los españoles de orden inferior 600 000. Total, ¡50 millones de francos!

¡Millón más, millón menos, este es el cálculo del valor del Museo, hecho por peritísima persona!

Podríamos con esos 50 millones vivir unos meses más; pero entonces, entonces si que habríamos desaparecido como Nación.

¿Con qué otros cuadros iba usted á sustituirlos?

¿Con los «Desastres de la guerra», de Goya?

¿Con el cuadro de nuestras humillaciones y derrotas?

¡Ah! Pronto quizás, España entera estará representada por el famoso «Cuadro del Hambre».

RODRIGO SORIANO

Querido amigo Soriano: Gracias por la dedicatoria de su interesante artículo.

En el número próximo le dedicaré unas líneas.

## Pidiendo gangas

Leo este anuncio en *La Vanguardia* de Barcelona:

«SEÑOR SACERDOTE

desea señora de respeto, mediana edad y alguna renta, para ayuda y gobierno de casa. Lista de Correos, cédula número 21.583»

¿Con que de mediana edad y con renta? Y supongo que, aun cuando no se haya atrevido á estamparlo, no le disgustaría que fuese guapa. Y amable además?

Podrá no saber ese cura latín ni cánones ¿pero lo que es buscar ama? Como pocos.

Una señora así haría la felicidad de cualquier hombre de buen gusto, cuanto más de un cura.

Que el cielo examine los pasos de esa ganga á tu casto hogar, sacerdote anunciante.

AL MINISTRO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA

## Sobre la Biblioteca Nacional... y otras

Señor Ministro: Que las bibliotecas y archivos nacionales son de la nación, la misma palabra lo dice; y que la nación no es la Iglesia, en este punto se prueba por el hecho de que la nación hubo de arrancarle á sangre y fuego los libros



y documentos que nutren estos centros y que estaban secuestrados en conventos y palacios episcopales. Que la nación no es la monarquía ni el Gobierno, lo prueban los hechos de que antes de haber monarquía constitucional, y sin haberla, hubo nación; y antes de haber, y sin haber gobiernos monárquicos, nación hubo que hizo á éstos y á aquéllos, deshaciendo otros anteriores, con lo cual los gobiernos que ahora se creen legítimos reconocen el legítimo derecho de la nación á quitar una monarquía para poner otra, y á cambiar unas Cortes por otras y unos por otros los ministros.

Con lo cual intento dejar demostrado, no para V. E. que se lo sabe de memoria, sino para algunos dependientes que si lo aprendieron, alguna vez lo olvidan, que las bibliotecas y archivos son patrimonio de la nación y de sus lugarhabientes los nacionales; y que por ser legítimo este patrimonio y legítimo el nombramiento de custodios y administradores, por esto es legítimo el cobro de los sueldos si honradamente cumplen los deberes de su cargo.

Pues bien: EL MOTÍN es nacional. Tanto, que por serlo es traído y llevado y zarandeado y hostigado con el desembarazo reservado en España á los nacionales que carecen de un Cónsul ó de un Embajador que intervenga la acción de las autoridades.

Y siendo nacional, EL MOTÍN es dueño *insolidum* de estos centros nacionales tanto como el que más; y por ser dueño los mira como cosa propia y como hacienda suya, y se siente obligado por egoísmo y por patriotismo á anotar las faltas que observa en su funcionamiento, y á instar de quien pueda el remedio oportuno, que en este caso es S. E.

Y esta es la nota que *por ahora* le vamos á transmitir, y que viene muy á cuento de las cuestiones que se traen los aspirantes á la Biblioteca Nacional.

Hanos ocurrido el siguiente caso:

En la *Revista de Archivos y Bibliotecas* de Septiembre-Octubre de 1907, páginas 280 y siguientes, se publica un escrito con este título: «Expedientes de Inquisición conservados en la Biblioteca Nacional. Extractos y cédulas.» Lleva como firma las iniciales A. P. y M., correspondientes al nombre y apellidos de un ex oficial, ahora jubilado.

El trabajo merece nuestros plácemes al autor, y se los damos y rogamos se los der; pero después del aplauso justo y merecido por lo bien hecho, debemos exponer las censuras por lo mal hecho.

En estos legajos se citan documentos de capital importancia para la Historia; y para no gastar embudos, señalaremos los anclados en la página 279 al principio; son á saber: «acusación de Fr. Domingo Rojas, Fr. Luis de Granada, Melchor Cano, Fr. Pedro de Soto, Fadrique Enríquez, María de Mendoza y Francisco de Borja contra Carranza.»

Estos papeles parece que están como

el alma de Garibay, sin saber si suben arriba al *Archivo Histórico* ó si bajan á la *Biblioteca*, y esto desde 1907, en cuyos cinco años, mil historiadores han sudado agua y sangre buscando antecedentes de estas causas, que un oficial de medianas luces habría podido ahorrar con un mesecito de trabajo, haciendo papeletas, poniendo etiquetas y catalogando los escritos.

Pero es el caso que, al paso que vamos, si S. E. y EL MOTÍN no lo arreglan, de aquí á cien años estarán donde están, salvo que los ratones y la polilla se habrán comido los papeles.

De dichos escritos dió noticia (y por ello le felicitamos) el señor D. A. P. y M.; repito las gracias. Pero lo hizo en forma tal y con tal algarabía de señas y contraseñas, que ni el público, ni los oficiales, ni el propio amabilísimo jefe de la Sección, han logrado dar con las perdidas *acusaciones* después de un mes de rebusca.

Parece ser que se ha dado vuelta á todos los legajos; y, ó las *acusaciones* no están, ó no se da con ellas.

¿Qué le parece, señor Ministro? A EL MOTÍN le parece sencillamente que aquí hay una porción de cosas por corregir. Primera, que los documentos no estén catalogados y el catálogo á disposición del público, en todas las secciones, como lo está en dicha Sección el de los documentos catalogados.

Que el señor A. P. y M., nos ha tomado el pelo al decir que «no será difícil al lector encontrar aquello que más interese á sus aficiones ó estudios», porque prediós, con el galimatías de numeración entre la *Revista* y la de los legajos... De lo cual resulta que sólo el señor A. P. y M. posee la llave del arca de su *numeración*; y francamente, que esto lo hiciese en su biblioteca particular, me parecería bien; pero que lo haga en la *Nacional*, á los nacionales nos hace muy poca gracia y aun estamos por llamarlos á engaño.

Y como quiera que se trata de documentos de tan capital interés, y no tiene EL MOTÍN en ese Ministerio confidente particular, extendemos esta papeleta de pedido público:

«Necesitamos consultar la «Acusación de Fray Luis de Granada, Melchor Cano, y Francisco de Borja, contra Carranza», que la *Revista de Archivos* menciona en su página 279 del año 1907, como existentes en la Biblioteca Nacional.»

Lo pedimos como *nacionales* contrahuyentes, etc., etc.

EL MOTIN

El arzobispo de Guatemala, Sr. Casanova, ha publicado un artículo, que ha sido premiado en una Eucuesta Literaria. En él encuentro este ensamiento:

«Ni salud, ni talento, ni dinero, ni hermosura hacen falta para la Felicidad.»

¡Es verdad, es verdad! Para ser feliz en este mundo no hay nada como estar

enfermo, ser un bruto, no tener un céntimo y parecerse en lo feo á un fraile feo. que es lo más feo de lo feo.

Por lo tanto, deseo á todos los servidores del templo, altos y bajos, que alcancen la felicidad preconizada por ese arzobispo y que la disfruten muchos años en paz y en gracia de Dios.

## Francisco Ferrer y San Ignacio de Loyola (1)

LA «MADRE» PUTATIVA DE SAN IGNACIO

En varias de sus cartas firmadas de Inigo y de Ignacio, llama éste «madre, madre cariñosa, carísima madre», y otras ternezas filiales á este tenor, á la precitada Isabel Roser.

Fué esta buena señora una de las primeras devotas que Ignacio cogió en el cepo de su mística. Sus relaciones maternales filiales, nacen en 1523 ó 1524, en Santa María del Mar de Barcelona; cultívalas Ignacio, dando muchos consejos, ofreciendo recuerdo eterno, y sobre todo, firmando cartas de pago de estas deudas para la otra vida donde «piensa serán todas bien pagadas por él» (2). Es la mujer *máxima* «á quien debe más que á todas cuantas personas en esta vida conocía». Estas relaciones fueron estrechándose, cambiando consejos por monedas, hasta que en 24 de Diciembre de 1545, la Roser echó á Ignacio todo el capazo del remanente de su hacienda «con donación, cesión y traslación» «de todos los bienes, recursos y rentas» á favor del agente del «Rdo. Sr. Ignacio de Loyola», Dr. Torres, de Alcalá, siendo testigos el clérigo y médico Inigo López de Toledo, y el clérigo Miguel Esteban de Eguía, de quienes hablaremos abundantemente.

Procediendo «divinamente» con tal señora, fué lo cierto que Isabel, como después Mateo Dueñas, se quejó de haber sido desbalijada y pagada luego con ingratitudes de un pequeño hijo. La riña fué monstruosa; llenó toda Roma, é Ignacio decidió ajustar las cuentas á su «Madre», probando como tres y dos son cinco que él era el sableado, el desbalijado, el engañado, el víctima y el acreedor de su «Madre».

El pago que desde «la otra vida» le da el Inigo, es la difamación con que los jesuitas publican estas cuentas y estos alcances en los Monumentos de su Historia, para enseñar á los nuevos hijitos de las «madres» que salgan, el pago que les deben dar.

FRANCISCO FERRER «PRIMO»  
DE SAN IGNACIO

VENGANZA DE PRIMO

La «madre» de San Ignacio vióse tra

(1) Este artículo es la terminación del anunciado con igual epigrafe, y que se interrumpió en el número 12 de este año para dar paso á la *quemada de San Ignacio*.

(2) Carta á Isabel Roser. Año 1532, 10 Noviembre. París.



tada por su «hijito» con mano de verdugo.

San Ignacio, que hasta pocos años antes, se achantaba y pasaba por todo, á esta sazón estaba ya seguro de haber sido destruidos los procesos de la Inquisición contra él, y sobre tal destrucción chillaba fuerte.

Supo que Isabel Roser «su madre» se quejaba, y la llevó de cabeza al tribunal. La queja de la Roser era muy singular.

Decía que el *consocio* de Ignacio, padre Domenech, canónigo valenciano él y formidable jesuita, confesor de la Roser, le había negado la absolución, condenándola al infierno, por negarse ella á entregar la hacienda á la casa de la Compañía.

La acusación era grave, sobre todo en Roma, y en aquellos albores de la garduña jesuitica.

Entérase *Messer Ignacio* (otro título de los muchos que usó) y con ella al juzgado á que probase *con testigos* lo que *sin testigos* le había dicho Domenech en el confesonario. ¡Lo mismo que ha ocurrido en 1911 al clérigo modernista romano!

La Roser castigo de Dios! no pudo presentar testigos del dicho de Domenech, y, por no verse en peor trance, cantó la palinodia ante el tribunal, en los términos que publican los jesuitas en los *Monumentos Ignacianos*, tomo I, página 655, monumento número 55.

Aun mas. Isabel Roser tenía un sobriño llamado Joh, providencia divina! FRANCISCO FERRER. No sabemos su segundo apellido.

¡Francisco Ferrer y San Ignacio! mano á mano, como lo oyen. En Roma, y en 1547...

¡Oh, nombres y apellidos proféticos! ¿Qué le pasó á Francisco Ferrer con *Messer Ignacio*?

Pues, sencillamente, que se vió desbalijado en la persona de su tía por los jesuitas, y no podía con ello.

Llevó su osadía al extremo de que, oyendo cantar las glorias del Inigo á un tal M Gasparo, Francisco Ferrer protestó de ello y le puso de hipócrita y de ladrón, que no digamos.

Gasparo, que era individuo de la *Defensa ignaciana*, saltó como un soplón cualquiera; gritó, protestó, se sulfuró y, conociendo el geniecillo de su jefe, le dijo:

—¿Ladrón é hipócrita el *Dóminus Ignacio*? Pues sepas que es muy capaz de pedirte cuentas, que no en vano es caballero hidalgo y excapitán valeroso...

Temeroso Francisco Ferrer (que era muy pacífico) de topar con la flameante espada del capitán de Loyola ó con sus padrinos ó qué se yo, quiso aplacar el enojo del esbirro ignaciano dándole satisfacción de sus palabras.

¡Como si no!... El Gasparo, soplón sin remedio, corre, va, y díceselo á maese Ignacio; y maese Ignacio, coge la muleta, se echa á la calle, y se emplaza ante el Vicario del Papa, reclamando

singular escarmiento, á ejemplo del Cristo en la cruz.

—Perdónele—decía el Vicario.

—¡Qué perdón...! Un compañero de Jesús no puede perdonar tamaños ultrajes. ¡Venga el juicio! Que pruebe con testigos, que soy un ladrón y un hipócrita...

Y traído á estrados, el pobre Francisco Ferrer, preveyendo lo que le sucedería á su homónimo de 1909, prefirió componerse con el terrible maese Ignacio, que ser fusilado en Montjuich ó ahorcado en Santangelo.

Cantó la palinodia; confesó que Ignacio no le había robado nada á él, ni siquiera la herencia de su tía, sino todo lo contrario; que los últimos *cien escudos de oro* y la *hucha* de la tía, de que se trataba entonces, si era preciso diría que los había recibido él de San Ignacio, que pudo sacarlos de los atrasos aquellos de Nájera. Y el vicario le condenó á desmentirse, á confesar e calumniador y á pedir *perdón de rodillas* á su «primo»... el *Dóminus Ignatius de Loyola*, que así se llama en la sentencia de 26 de Marzo de 1547, y que es otro de los *Monumentos ignacianos*, el 56 del tomo I, páginas 656 á 661.

¡Francisco Ferrer de rodillas á los pies de maese Ignacio! ¡Esto es humildad! ¡Esto es hidalguía! ¡Desbalijado y aporreado!

Si esto hubiese hecho Ferrer Guardia en 1909, no le habrían fusilado... Para que los tontos aprendan la *venganza divina* de los jesuitas que no perdonan ni á sus primos, ni á su madre, ni al propio duque de Nájera...

Francisco Ferrer—Ignacio de Loyola  
1547 1909

*sint ut sunt aut non sint...*

## LAS DAMAS DEL PATRONATO

### El fanatismo clerical

#### Los tentáculos de Maura

De cómo se hace la política reaccionaria da idea exacta la noticia que á continuación publicamos y que merece destacarse por la importancia de la entidad científica y filantrópica á que se refiere y porque está relacionada con todos los sucesos que estos días se vienen desarrollando en el Parlamento, con la titánica lucha entre el progreso y el oscurantismo, cuya pronta resolución á favor del primero es el más importante problema nacional de España.

Unas cuantas damas aristocráticas, instrumento inconsciente de los clericales, que han inventado ciertos patronatos de caridad para ahogar, en la sombra, las ideas liberales y atomizar y constreñir á los elementos populares que las profesan, intentó ayer destruir la obra de un sabio, del inolvidable doctor Rubio, adulterando y entorpeciendo la vida del Instituto que lleva su nombre.

En su fanatismo, llegaron hasta amenazar de muerte á la institución cien-

tífico-filantrópica establecida en la Moncloa, porque los herederos del ilustre fundador se negaron á sustituir el personal técnico de las enfermeras por unas monjitas tan llenas de preocupaciones y metijosidades como faltas de conocimientos médicos.

Para nada se preocuparon estas damas católicas de las ventajas que las enfermeras titulares proporcionan á la buena marcha del Instituto y al tratamiento de los pacientes en él albergados; ni siquiera les mereció respeto la última voluntad de un muerto, y de un muerto ilustre que fué toda su vida espejo de virtud y ejemplo de altruismo.

Dispuestas á satisfacer su capricho, no repararon ni en las palabras ni en los procedimientos.

Ayudóles en esta incomprensible empresa un yerno del Sr. Maura, D. César de la Mora, quien llegó á amenazar con el boicoteo a la fundación y á los ilustres doctores que continúan la obra plausible del doctor Rubio.

El hecho es inaudito é indignará al vecindario madrileño, que tiene puestos los ojos en este popular hospital, único en su clase y de cuyas excelencias se hacen lenguas cuantos son asistidos en sus salas.

El Instituto Rubio, la fundación de una gloria científica de España, está amenazada de muerte por las damas del Patronato de Caridad y por un yerno del Sr. Maura.

He aquí los hechos:

«Quiso el fundador—el doctor Rubio—dar el internado á las mujeres españolas, para que aprendiesen el difícil arte de curar enfermos y se ganasen honradamente la vida...» Así decía ayer el conde de San Diego, en su discurso, en una reunión celebrada en la benéfica institución.

Pero las damas protectoras, las de excelso linaje, las de rancia aristocracia, las piadosas, las que disponen de la más poderosa palanca, el dinero, habían forjado el propósito decidido de sustituir á las actuales enfermeras con Hermanas de la Caridad. La única razón, la de su capricho; disparatado, naturalmente, pero sostenido con tal tozudez que no hay argumentos que basten á convencerlas.

En la reunión de ayer, además de las razonadas palabras del conde de San Diego, habló doña Sol Rubio, que defendió la obra de su padre, el ilustre fundador, demostrando que ni moral ni legalmente había lugar á complacer á las caprichosas señoras peticionarias.

A los razonamientos, á los ruegos, á la cortesía de los médicos respondió D. César de la Mora, sosteniendo el criterio de privar de ese medio de vida á las actuales enfermeras, para darlo á las monjas de San Vicente de Paul. Este señor de la Mora llegó hasta á amenazar con un boicoteo, advirtiendo que al Instituto no le convenía en manera alguna enemistarse con determinados elementos que le prestan ayuda.

La conducta de las damas protectoras no puede llamarse inculcable, porque hay en nuestro Diccionario adjetivos bastante expresivos para calificarla. Nosotros renunciemos á usar de ellos.

Será inútil indicar que en el extram-



jero, más al á de los Pirineos, donde empieza Europa, las enfermeras particulares son respetadas, y su labor iguala, si no supera, á la de las religiosas que se dedican á esta profesión. Aparte de su innegable competencia, tan abnegada como puede serlo la de la flor más mística de un morístico jardín, hay una razón poderosísima para defender á esas mujeres, á las que se quiere privar del pan. Esas enfermeras tienen familias á las que sostener, á los quizá, obisagaciones sagradas de las que están exentas las monjas. Son, además, las enfermeras del Instituto Rubio un punto de partida, un ejemplo para la creación de otros Cuerpos profesionales similares. No por sentimentalismo, sino por fundadas y sólidas razones, hay que defenderlas.

Nada consiguieron las damas piadosas en la reunión de ayer. Es decir sí. Consiguieron demostrar que á las buenas palabras responden con la grosería de volver la espalda.

Casi toda la Junta del Patronato presentó la dimisión de sus cargos, y nosotros lamentaremos que la noble actitud del conde de San Diego y de cuantos defienden á las actuales enfermeras les cueste el odio de los defensores de las monjas.

Que saben odiar.

..

Así se hace la política reaccionaria. Pedir que las autoridades tomen cartas en el asunto, apliquen las iras de esas damas católicas y contrarresten las torpes influencias que puedan poner en juego para destruir la obra del doctor Rubio, sería necedad en estos tiempos de Murras y Canalejas.

Vale más que el vecindario mafrileño y España entera tomen por cuenta propia una determinación para impedir el atropello.

¿Qué dirán cuando se enteren de esto en europa!

España Nueva.

## La Comisión Pro-presos

á la opinión liberal y á los diputados republicanos

Todas las personas de mediano sentido moral saben por convicción propia, que los atentados contra la ley cometidos bajo la égida de D. José Canalejas, nos retrotraen á los tiempos ominosos de la reacción fernandina. Cierzo que los atentados gubernamentales contra la vida de los ciudadanos no han alcanzado bajo la oprobiosa democracia imperante la grosera brutalidad de la primera mitad del siglo pasado, pero la arbitrariedad, el desprecio de las leyes y el derecho, no puede llevarse á más bajo concepto que el que inspiran todas las conquistas liberales á los reaccionarios vergonzantes que nos gobiernan. El poder civil pretendido por cualquier y con cualquier pretexto, la invasión de todas las instituciones fundamentales por hombres reaccionarios, la lentitud con que las mayores audacias de la tiranía, la plutocracia y el capitalismo asesino son tratados hasta en sus mayores excesos; la indigna preponderancia del caciquismo; la maldad con que los últimos restos de antes del poder ejecutivo navegan los fue-

ros brutales de que se hallan investidos: las vejaciones que los gobernadores todos imponen en las manifestaciones del pensamiento á todos aquellos que tienen «la fatal manía de pensar», la torpe subordinación de todos los organismos de la vida pública al maquiavelismo del Poder central, son motivos más que suficientes para afirmar que vivimos bajo un régimen odioso.

Discurriendo serenamente, la Comisión Pro-presos, sirviéndonos de guía en nuestros juicios los más elementales principios de inducción lógica, supusimos que al iniciar la campaña en favor de los perseguidos y condenados por delitos políticos y sociales, prestáramos un servicio á los mismos, por los res preteridos en los enjuiciamientos que todos recordamos y que facilitáramos, creando estados de opinión, las reparaciones que una amplia amnistía produce siempre en la vida social de las naciones. Pero declaramos ingenuamente que nuestra equivocación ha sido total, absoluta.

El Sr. Canalejas y Méndez no quisieron, ó no puede, otorgar á la vindicta pública liberal esa noble satisfacción, por la cual se reparan las posibles injusticias y los probables errores, y vuelven á la armonía y al respeto mutuo los distintos elementos que integran la vida social del país.

La prueba de nuestro aserto, sin llevar hasta muy lejos nuestras consideraciones, la hallamos nosotros en las vejaciones que la autoridad nos impone porque queremos cumplir con el deber elemental de hombres bien nacidos, y que consiste en hacer una campaña humanitaria en favor de hombres inermes ante los atentados legales.

Y en esas vejaciones vemos la prueba plena de que para el Gobierno democrático, todo esfuerzo de los ciudadanos para reparar los extravíos que las gentes de orden sufren en épocas de decadencia moral, lejos de ser un aviso que invita á los poderosos á la meditación, les excita á las más pobres venganzas, á las más mezquinas impertinencias.

Así, por ejemplo, se obliga á esta Comisión á relatar nuestras arriescas al Gobernador, notifiándole el lugar y hora de los mítines, en papel sellado de una *protesta*; se nos impone por la misma autoridad consignar los nombres y domicilios de los oradores que han de tomar parte en el mitin y se priva en absoluto á todo ciudadano del auditorio ó de entidades adheridas al hacer uso de la palabra si no está en la lista presentada con antelación. Se nos obliga á abrir las sesiones á la hora fijada anunciada á todo lo contrario se nos continúa con la suspensión del acto; se toman militarmente los alrededores del local y se invade éste por una turba de polizontes de toda laya, en cuya actitud, arrogante, abunda la torpeza de la institución que se presenta. Y para colmo no falta nunca un juez, apurado y guapo, que acorrala al presidente de la comisión lo amenaza con «llevarle arrastrados al que se meta con la policía».

Todas esas abusivas y antedichas vejaciones á las leyes, les sufre esta comisión con tanta firmeza y con tanta persistencia que como protesta, ha tenido que suspender ya un acto público an-

tes que soportar esas impertinencias reiteradas del Gobernador civil y de sus agentes; y esas amenazas dicen bien poco en honor de la cultura y la discreción que debe adornar á toda autoridad.

Protestamos, pues, contra esas vejaciones ó invitamos á que unan á la nuestra la protesta de todas las gentes que tengan en alguna estima los derechos del ciudadano y la libertad de pensar y fiscalizar derechos que, merced al esfuerzo de nuestros padres donados, pudieran salvarse de la barbarie de la Inquisición y de las atrocidades de los eres que la rememoran. Y, por si acaso, protestamos igualmente contra la «verdad oficial» acerca de nuestras verdídicas manifestaciones, aunque esta actitud sea aseverar de artemano los juicios futuros de la Historia, que dejarán ciertas verdades oficiales en el lugar que hoy ocupa la prevaricación y el cinismo.

La Comisión Pro-presos.

Valencia, Junio de 1912.

## Escandaloso suceso

«La sociedad de Maunabo ha sido bruscamente impresionada con un escandaloso suceso.

El cura católico José Foix ha sido procesado por ultraje de la infeliz criatura Rita Carrasquillo, delito que cometió dicho ministro en su casa el lunes santo.

El Padre Foix fué excarcelado mediante fianza de 500 dólares que para obtener su libertad provisional prestara su sacerdotán, el señor Ernesto Velázquez.

La víctima, Rita Carrasquillo, según se nos informa, es una infeliz idiota, huérfana, ceca y tullida de un brazo.

El señor St. Elmo, con la peculiar habilidad que le caracteriza, trabajó activamente en el esclarecimiento de estos hechos hasta ultimar las diligencias ya iniciadas por el juez y policía de aquella localidad, y dejar el asunto perfectamente investigado, bajo la jurisdicción de la corte correspondiente.

Leo lo anterior en un periódico de Puerto Rico, y comprendo á los habitantes de aquella isla por tener curas tan olvidados de sus santos deberes.

Aunque me queda una esperanza: la de que resulte falsa la imputación, como ocurre aquí cada vez que la pérdida mas onerosa ó el infame liberalismo (que diz que todo es uno) levantan una calumnia parecida á un cénigo.

Aquí son acusados de perseguidores algunos frailes y hasta algunos beatos de asesinos de niños algunos curas; etcétera etc.; pero al fin se averigua siempre que la acusación era infundada, y de cual queda en el lugar que le corresponde, que nunca es el presidiario.

Desco que en este caso, como en todos los que presentarse puedan, triunfe en Puerto Rico la verdad de la maldad, como ocurrió en España, y que el calumniado sacerdote alcance lo que merece en justicia.



## Defensa de Azzati

Hemos leído el extracto del antejui-  
cio contra el diputado Sr. Azzati, y no  
hay un caso semejante, no ya en Parla-  
mento alguno, sino en la crónica de los  
Tribunales, desde que existe juicio oral  
y público con ó sin Jurado.

Con Jurado fué el del Congreso en  
esa vista, de la que salió Azzati conde-  
nado, y su co-reo, su compañero de  
proceso, en libertad, por haber sido re-  
tirada la acusación por el teniente fis-  
cal Sr. Alcalá Zúñiga, y por el fiscal  
por antonomasia, por el superfiscal, se-  
ñor Maura.

Se acusó á Azzati, se defendió á Bar-  
ral, tuvieron intervención, á modo de  
peritos, testigos y hombres buenos, va-  
rios señores diputados; hablaron como  
jurados, más que como legisladores,  
otros, y sólo fué lo imprescindible, lo  
esencial: la defensa del reo.

El Sr. Azzati no tuvo defensor, ni si-  
quiera de oficio.

El Sr. Azzárate estuvo bien en sus  
tres breves discursos; en ellos hay ar-  
gumentos para la defensa de Azzati; pe-  
ro no son esos tres discursos el infor-  
me del abogado defensor, son, más  
bien, declaraciones periciales del maes-  
tro en Derecho público, y en Derecho  
y prácticas parlamentarias.

El Sr. Barral, cuando se levantó, ya  
libre, ya desglosado del proceso con  
Azzati, y desglosado también de la po-  
lítica activa, del banquillo de los acu-  
sados, para sentarse, ya vestido de toga,  
en el sitial de los letrados, habló por  
segunda vez, no defendió verdaderamente  
al Sr. Azzati, pidió para él bondad,  
piedad, benevolencia, actuó de su  
hombre bueno.

El Sr. Albornoz, en su generoso, no-  
ble, valiente discurso no defendió tam-  
poco al Sr. Azzati. Lo que hizo fué pe-  
dir que se denegara el suplicatorio,  
fundándose en las razones que hubo  
para denegar otros parecidos.

«Los mayores culpables de la inde-  
fensión de Azzati son por este orden:  
Azzati y Melquiades Alvarez.

La situación era magnífica. Desde la  
que tuvo O zaga para defenderse de  
la acusación de haber violentado á la  
reina niña para hacerla firmar un de-  
creto, pocas comparables á esta de  
Azzati. Le censuraríamos duramente si  
no supiéramos lo enfermo que está.

Melquiades Alvarez es culpable de  
este abandono, porque firma el voto  
particular de la Comisión, y porque co-  
noce, como nadie, los sucesos de Valen-  
cia, según ha demostrado en sus admi-  
rables discursos parlamentarios juz-  
gando la conducta del Gobierno y el  
proceder del general Echagüe.

Nadie defendió el voto particular de  
Melquiades Alvarez, que sólo él debía  
haber defendido. Sin su aquiescencia  
se dividió en dos, aprobando la parte  
relativa á Juan Barral, y rechazando la  
correspondiente á Félix Azzati.

Las responsabilidades van decrecien-  
do ya. Grande es todavía en Lerroux,  
que fué, hasta hace muy poco, caudillo  
de Azzati. Precipitada fué la separación,  
aún no explicada. Lerroux la ha justifi-  
cado con su abandono. Además, Le-  
roux empezó su brillante carrera par-  
lamentaria censurando, no á la Guardia  
civil, como se dice, sino á guardias ci-  
viles.

Después de Lerroux, la responsabi-  
lidad va á los periodistas diputados; los  
más ilustres, más responsables; y los  
republicanos más que los monárquicos.

Pablo Iglesias tiene responsabilidad,  
por irse á un mitin y abandonar su de-  
ber. Si, su deber de hombre honrado,  
enamorado de la justicia y que mil ve-  
ces, antes y después de ser diputado,  
incurrió en el caso de Azzati. Conque  
Pablo Iglesias hubiera relatado las ve-  
ces que como individuo de la Unión  
General de Trabajadores ó del Comité  
del partido socialista obrero, había vi-  
sitado á Sagasta, á Maura, á Dato, á  
Cierva, á Moret, á Alba, á Canalejas,  
á Sánchez Guerra, á Barroso, para de-  
cirles: «en tal pueblo se ha hecho esto y  
lo otro y lo de más allá con tales «bre-  
ros» el abandonado diputado por Valen-  
cia quedaba defendido.

Porque el caso es este, y no los cita-  
dos por el Sr. Albornoz. No se trata de  
lo que se diga en el Congreso, sino de  
lo que un ciudadano, diputado ó no, de-  
nuncia al Gobierno antes ó después, ó  
al mismo tiempo que publica, condena  
y zahiere el hecho denunciado en la  
Prensa y en mitines públicos.

El Sr. Iglesias pudo haber confirma-  
do que él fué á ministros de la Go-  
bernación, conservadores y liberales, á  
denunciarles atropellos, que, si no se  
castigaban, serían origen de una cam-  
paña de mitines. El Sr. Iglesias con sus  
compañeros de Comisión, relataba el  
hecho; el ministro, invariablemente,  
prometía enterarse y hacer justicia; *El  
Socialista* daba cuenta de las gestiones  
de la Comisión y de los supuestos atro-  
pellos. Y se probaba ó no se probaba la  
denuncia, no se procedía contra la Co-  
misión.

Y no se procede. Iglesias, ya diputa-  
do, cerradas las Cortes, ha ido con las  
mismas quejas al presidente del Con-  
greso y al ministro de la Gobernación,  
y no ha dejado de relatarlas en *El So-  
cialista*, sin que, como es ilegal, y moral  
y hasta decente, se le atropellara por  
ello.

«La responsabilidad cae ahora sobre  
las primeras figuras parlamentarias. La  
primera, por el cargo, el presidente, el  
conde de Romanones: debió defender,  
amparar, porque este caso es de inmu-  
nidad al diputado atropellado. Lo del  
otro día fué un efecto de farándula;  
esto que decimos le hubiera dado á la  
larga (y aquí todo es corto), la presi-  
dencia del Gobierno y la jefatura del  
partido liberal.

D. Juan Sol y Ortega, D. Angel Ur-  
záiz, el Sr. Cambó, todo parlamentario  
ilustre, distinguido siquiera, capaz de  
despreciar prejuicios, libre de cobar-  
días, de reconocido temple moral, han  
debido cumplir el deber de amparar al  
despojado de su inmunidad.

El ilustre Sol y Ortega es precisamen-  
te especialista en estos discursos des-  
interesados, abnegados, para los cua-  
les se necesita más corazón que cere-  
bro. Qué, ¿no es glorioso el nombre de  
Sol y Ortega por su defensa de Clavi-  
jo, y por su defensa de Ferrer? Com-  
prendemos sus escrúpulos de deica-  
za, el que no se le creyera un vanidoso  
capaz de aprovechar la ausencia de los  
más obligados, el tener que censurar á  
correligionarios, el qué dirán; respta-  
mos esos escrúpulos, pero sentimos  
que callara Sol y Ortega.

No hubiera callado Salmerón. De vi-

vir aquel grande hombre, de alma hon-  
rada que vibraba herida por la injus-  
ticia cometida contra los débiles, Azza-  
ti hubiera tenido su defensor; más aún:  
el suplicatorio no hubiera sido apro-  
bado sin escándalo terrible.

Por muchísimo menos lo armó Sán-  
chez Guerra: herilo por palabras de  
Soriano, se retiró del banco azul y pi-  
dió sesión secreta y la expulsión del  
diputado republicano. Y entonces Sal-  
merón no era amigo de Soriano. No le  
importaba. Qué, ¿se iba á detener Sal-  
merón en antecedentes? ¿En si Azzati  
fué paraguero, y no es un chico de ca-  
rrera, como estos doctores barbilindos  
y licenciados correctos? ¿En si escribe  
bien ó mal? No, á Salmerón, para cum-  
plir su deber, no necesitaba más que el  
imperativo categórico de su concien-  
cia. Pero, ¿á qué defender la memoria  
de Salmerón, que se ajiganta con los  
años y crecerá con los siglos, compa-  
rándole al hormiguero de la plaza de  
las Cortes?

No ya D. Nicolás Salmerón y Alonso,  
D. Francisco Romero Robledo hubiera  
defendido á Azzati y con Azzati el pres-  
tigio del régimen parlamentario y la in-  
munidad, su condición esencial de vida.

Romero Robledo, en la presidencia,  
en los bancos de la mayoría ó en los  
de la oposición, hubiese evitado la ini-  
quidad; porque aquel político, contra  
el cual, á título de mora'es realizaron  
una manifestación en Madrid los mau-  
ristas, los liberalitos, muchos republi-  
canos (Pi y Margall, no), casi todos los  
de la última sesión, era mucho más  
moral que sus detractores.

Romero Robledo, en 1888; tronó con-  
tra la matanza de obreros en Río Tinto  
sin amedrentarle, sin trabarle la len-  
gua, ni imponerle silencio ninguna con-  
sideración á los que mataron en cum-  
plimiento de las órdenes recibidas. Me-  
nos remota es la fecha en que execró  
el fusilamiento de D. Pedro Rojas en  
Manila, sin detenerle el hecho de que  
se había dictado la pena en Consejo de  
guerra y que la legal sentencia fué  
aprobada por el capitán general Pola-  
vieja. De menor alcance, pero de la  
misma fuerza probatoria, son sus dis-  
cursos contra el juez que procesó á un  
médico por haber hallado en el Juzga-  
do de guardia un anónimo en que se le  
acusaba de parricidio y contra toda  
una Sala sentenciadora, contra la que  
condenó al entonces célebre Varela co-  
mo homicida de una mujer alegre, á la  
cual tiró por un balcón á la calle de  
Carretas.

Indudable es que Romero Robledo  
se hubiera opuesto, de modo decidido,  
al procesamiento de Azzati. Y es que  
no le llegan ni á los zancajos, que tan-  
to le royeron en vida, los moralistas de  
la Junta Magna y de la manifestación  
de Atocha á Colón, silvestistas, gamacis-  
tas, sagastinos, hoy mauristas, canale-  
jistas, romanonistas y monteristas.

La decadencia de la raza se ve mejor  
aquí que en el número de mozos sor-  
teables que no llegan á pesar cuarenta  
y ocho kilos. Mocitos ministrables hay  
en la Comisión de suplicatorios que  
pesan menos de un kilo, son ingrávi-  
dos, y, sin, embargo, sus opiniones y  
sus dictámenes y sus discursos son  
de peso en las Cortes, en las pobres  
Cortes españolas.

El País.



## Los templos y sus huéspedes

FOR

Roberto Robert

do reunir en el seno de la madre patri 713 religiosos masculinos profesos.

¿Parece poco?

Pues de esa poquedad consuela el rápido incremento que desde entonces iba tomando entre nosotros la afición á la vida monástica, como lo prueba el que desde la citada fecha hasta 1864 habíamos ido á parar á la cifra de 1.239.

CCXL

Pero baste otra vez de cifras y de datos, hoy lamentosos, que no sé cómo tan fuera de sazón me he ido engolfando en ellos.

Lo peor de todo, es que metido, digámoslo así, en harina, me ha entrado la afición á ese género de noticias, y siento cierto prurito de despilfarrar aquí todos mis conocimientos en la materia...

CCLXI

No tema el lector: no lo haré; me apresuro á decir que no lo haré. Sólo para engañar á la pasión que me incita á aglomerar noticias, me contentaré con decir que en Manila, si bien no tenemos objetos terrenales de importancia, poseemos un excelente personal religioso y...

CCXLII

Pero ¿á cuento de qué he venido yo á parar á esa ensalada estadística?

¿Apostamos á que me encuentro desviado á lo menos once kilómetros de mi punto de partida?

Pero no, no apostemos, seamos prudentes como los frailes; no apostemos, que perdería yo.

CCXLIII

Encaminábame, si mal no recuerdo, á narrar el suceso de Felipe IV en el convento de San Plácido de Madrid con una de sus huéspedes.

Y de pormenor en pormenor, de dato en dato y de cifra en cifra, divaga por un lado, divaga por otro, me he sumergido en un piélago de vírgenes de ambos sexos.

Pido perdón humildemente; hago firme propósito de enmienda, y ofrezco desde ahora seguir mi narración, del mejor modo que pueda hacerlo un desdichado que no cuente con el auxilio de la gracia.

Voy á ello.

CCXLIV

El Sr. D. Gerónimo de Villanueva era un caballero cortesano, protonotario de Aragón, patrono del convento de monjas de San Plácido, y estaba muy deseoso de servir á Dios y al rey, según se estilaba en aquellos buenos tiempos.

Pues, señor, el susodicho Sr. D. Gerónimo de Villanueva, considerado bajo el aspecto de patrono de las monjas, era un ser singular y envidiamente privilegiado por la facilidad con que se

le franqueaba lo franqueable del convento, y quizá quizá, merced á su elevada posición, le fueron confiados alguno secretos matrimoniales por las mismísimas esposas del Señor.

CCXLV

En aquella época motejada de tiránica por los descamisados, había para ciertas cosas más libertad que ahora.

Las monjas tenían sus galanes que las visitaban y enamoraban muy por lo fino: el galán de monjas era un tipo, como lo fueron después el abate y el currutaco, y como lo es hoy el sanjuanista.

En los poemas de aquel tiempo aún se encuentran noticias de los galanes de monjas, á quienes Quevedo en una pragmática impuso jocosos castigos; en un romance se les dice que están presos con trescientas santas Claras; y en otro romance se despide el autor de cierta monja que le enamoraba, porque él es de carne, según dice, y ella sin duda sería de pescado.

CCXLVI

Pero no todos los galanes de monjas eran protonotarios de Aragón ni patrones de conventos, ni amigos del rey, ni cien puntos menos que eso. Quiero decir que los mancebos más ó menos ilustres de Madrid, podrían babear á su sabor con las inaccesibles vírgenes desde el locutorio en momentos breves y dados; pero no podían, como D. Gerónimo, frecuentar autorizadamente el trato de las reclusas, ampararlas en sus pretensiones, recomendarlas á S. M. C., y estar con ellas en aquella dulce y honesta intimidad á que su calidad le daba derecho.

¡Ejem!

CCXLVII

Como digo: visitando, visitando, descubrió cierto día D. Gerónimo á una bellísima monja: tan bella, tan preciosa, que arrebatado á un tiempo del sentimiento estético y del celo de buen vasallo, exclamó contemplándola:

—¡Esta para el rey!

CCXLVIII

De la belleza de la monja sólo puedo decir que era mucha porque así lo afirman algunos autores de aquel tiempo, y así induce á afirmarlo el efecto que produjo primero en D. Gerónimo y después en el rey, experto y delicado en la materia.

CCXLIX

Lo que no puedo decir es cómo era, porque á la posteridad no han legado, que yo sepa, retrato suyo los pinceles ni las plumas.

Yo para los usos de mi imaginación, me la figuro á veces pálida, rasgada de ojos, esbelta, melancólica, de movimientos blandos, delicados y suaves; de leve pie y transparente manos; puesta de hinojos en su reclinatorio; alzada la frente y vaga la mirada; atraída al claustro por una aspiración indefinida de amor esperando con esperanza infi-

nita una infinita caricia del infinito esporo.]

Y... vamos, que si era tal como la pinto, bien podría Felipe IV chuparse los majestuosos dedos.

CCL

Otras veces me la figuro morenilla, chiquitina y vivaracha; de cuerpo inquieto y ojos revoltosos y asaltados; ancha de hombros y caderas; pechierguinda, encerrada por fuerza desde niña, y deseosa de aire, sol y mundo, y más flamenca y guitarrera que todas las cosas.

CCLI

En fin, yo me la figuro según me lo dicta mi humor en cada caso; pero procuro siempre imaginarlo de manera que me guste mucho á mí y pudiese enamorar al rey de España.

CCLII

No hago, pues, descripción de la monja; pero la tengo por hermosa y digo, porque eso sí que consta, que se llamaba Margarita, como otras desgraciadas.

No hablo por la Dama de las Camelias ni por Margarita de Borgoña; más bien me acordaba de Margarita, la esposa del niño Terso, y de la Margarita de Goethe.

Y en efecto: verán ustedes como en el suceso el rey tuvo algo de Fausto y D. Gerónimo un poquillo de Mefistófeles; y si no les parece así, yo quisiera que se forjasen la ilusión de existir esa analogía, con lo cual hallarían más gusto en el relato.

CCLIII

Era por entonces favorito del rey aquel famoso conde-duque de Olivares, que llevó su complacencia con el monarca hasta el más alto punto.

Era ayuda de cámara del rey el susodicho Don Gerónimo.

Los tres eran jóvenes, alegres, dados á los placeres y entretenimientos, y tenían pocos quebraderos de cabeza; porque si bien el arte de reinar es difícil, Felipe IV y su ministro Olivares tenían puesta su confianza en Dios, y dejaban que divinamente se fuesen cumpliendo los destinos que la Providencia tuviese decretados para España, como así se verificó al pie de la letra.

CCLIV

Después que D. Gerónimo hubo visto á la bella Margarita, le faltó tiempo, como buen vasallo, para dar cuenta al rey de su hallazgo.

Encarecióle su gracia, su garbo, su gentileza, su linda boca, sus negros ojos...

CCXLV

Negros he dicho, porque de repente me he acordado de un drama de Gil y Zárate, en que olvidando Felipe IV por una mujer no sé qué engorrosa obliga-

(Continuad.)